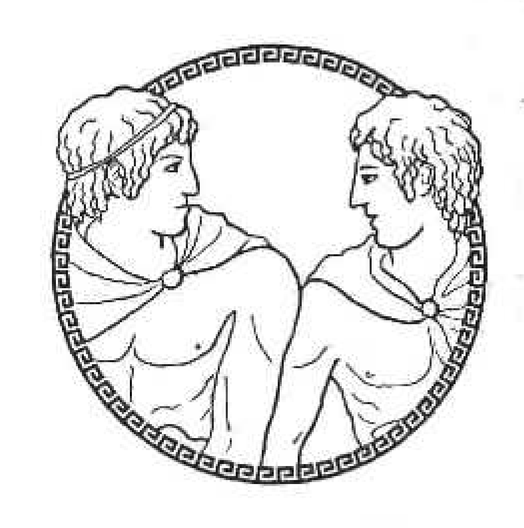
EL CORAJE DE LOS
DIOSCUROS



GREDOS

EL CORAJE DE LOS
DIOSCUROS



MITOLOGÍA

Realización: EDITEC
Diseño cubierta: Llorenç Martí
Diseño interior: tactilestudio
Ilustraciones: Javier Rubín Grassa y Pilar Mas (págs. 52-53, 82-83 y 101)
Fotografías: archivo RBA
Asesoría en mitología clásica: Alba Colomé Fernández
Asesoría narrativa y coordinación: Marcos Jaén Sánchez y Sandra Oñate

ISBN (O.C.): 978-84-473-8642-0
ISBN: 978-84-473-8892-9
Depósito legal: B 9220-2017

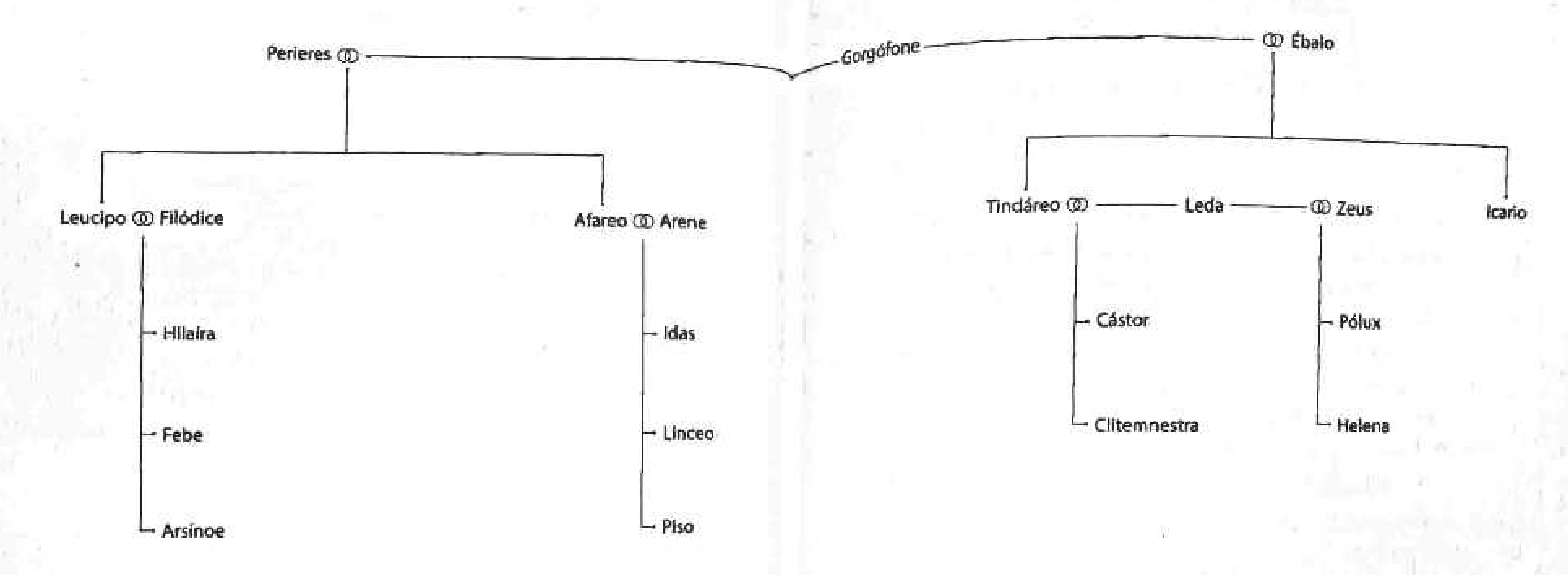
Impreso en Rodesa

Impreso en España - *Printed in Spain*

Canta, musa de voz clara, a Cástor y Pólux,
los tindáridas, que nacieron de Zeus olímpico.
Al pie de las cumbres del Taigeto los parió
la augusta Leda, sometida en secreto por el
Cronión encapotado de nubarrones. ¡Salve,
tindáridas, caballeros sobre raudos corceles!

Himnos homéricos, Himno XVII

Genealogía de los Dioscuros



Los espartanos

CÁSTOR – hijo de Leda y el rey Tindáreo de Esparta, hermano gemelo de Pólux y famoso por su habilidad como jinete.
PÓLUX – hijo de Leda y el soberano celeste Zeus, hermano gemelo de Cástor y famoso por ser un púgil invencible.
TINDÁREO – rey de Esparta, famoso por su nobleza, padre biológico de Cástor y Clitemnestra y padre putativo de Pólux y Helena. Por él, Cástor y Pólux son también conocidos como los tindáridas, hijos de Tindáreo.
LEDA – reina de Esparta, madre de cuatro hijos al mismo tiempo: dos de Zeus y dos de Tindáreo.
HELENA – hija de Leda y Zeus, hermana gemela de Pólux, célebre por su belleza desde muy joven.
CLITEMNESTRA – hija de Leda y Tindáreo, y gemela de Cástor.

Los atenienses

TESEO – rey de Atenas, famoso por sus gestas y su espíritu aventurero.
PIRÍTOO – rey de los lapitas y amigo de Teseo, a quien acompaña en sus aventuras.
LOS EUPÁTRIDAS – «los bien nacidos», ciudadanos de linaje más noble de la ciudad, que ostentan derechos exclusivos.
ETRA – madre de Teseo y viuda del rey Egeo, habita en Afidna.

Los afáridas

AFAREO – rey de Mesenia, cuyos dominios limitan al este con Esparta.
IDAS Y LINCEO – hijos de Afareo, primos de los Dioscuros y de las leucípides, con quienes estuvieron prometidos.

Los leucípides

LEUCIPO – heroico príncipe de Mesenia que participó en la caza del jabalí de Calidón, padre de Febe e Hilaíra.
FEBE E HILAÍRA – las hermosas hijas de Leucipo, prometidas a Idas y Linceo, los hijos de Afareo.

Los eternos

ZEUS – soberano del Olimpo y señor del universo, el más poderoso de los dioses.
HERA – celosa esposa de Zeus, protectora del matrimonio y del matriarcado.
PAN – dios de los pastores y los rebaños que mora en Arcadia, famoso por su desmesurada virilidad.

1

LEDA Y EL CISNE

El ardiente sol de la tarde caía a plomo sobre los somnolientos guardias encargados de custodiar las pesadas puertas de bronce que franqueaban el paso a la ciudadela de Esparta y abrasaba el aire que respiraban. Ni la más leve brisa aliviaba el ígneo fulgor de los rayos del sol, que resplandecía llameante y majestuoso en lo alto del cielo, y el sudor empapaba los cuerpos de los amodorrados soldados a quienes se había encomendado proteger la inviolabilidad del recinto. Al ver a la augusta Leda descender por las escalinatas del palacio y acercarse al portón, los guardias, avergonzados, alejaron las tinieblas que entrecerraban sus párpados, enmendaron la postura y enderezaron con orgullo las afiladas lanzas y los bruñidos escudos.

—¡Paso a la reina! ¡Abrid las puertas! —gritó el soldado que estaba al mando del destacamento.

Al punto los goznes chirriaron. Antes de atravesar el umbral, la hija de Testio inclinó levemente la cabeza en señal de

gratitud y dedicó a los guardias una sonrisa exenta de todo reproche. Los festejos organizados para celebrar la restitución en el trono de su esposo Tindáreo se habían prolongado durante varios días, el vino había corrido generosamente entre la tropa y la reina sabía que, tras las fastuosas celebraciones, los soldados estaban fatigados y hambrientos de sueño. Agradeciendo en sus corazones la gentil atención de la soberana, los guardias se mantuvieron en posición de firmes mientras Leda abandonaba en silencio la ciudadela y se alejaba de la fortificación.

La joven reina quería estar sola. Durante nueve días y nueve noches había asistido a competiciones y banquetes, había participado en los sacrificios y los ritos dedicados a honrar a los dioses y había trenzado coronas de olivo con sus propias manos para premiar con el lauro del triunfo a los esforzados atletas. Ahora, a punto de concluir los festejos, necesitaba alejarse durante unas horas del palacio y de sus gentes para sosegar su espíritu y estar un rato a solas con sus pensamientos. Su boda con Tindáreo, a quien su padre, el rey Testio, había dado refugio en la corte etolia durante su exilio, le había procurado un esposo, un trono y una nueva patria, y la augusta soberana necesitaba reflexionar sobre los acontecimientos de los que había sido protagonista y preparar su ánimo con relación al futuro que le aguardaba entre los claros muros de piedra de aquel ancestral palacio que el destino había convertido en su nuevo hogar.

Bajo el implacable sol de la canícula, absorta en sus cavilaciones, Leda encaminó sus pasos hacia el este, en dirección opuesta al monte Taigeto, se adentró en un campo de amapolas y tomó el amable sendero que conducía al verdeante

bosque de álamos y laureles junto al cual discurrían las cristalinas aguas del río Eurotas. Al alcanzar la ribera, se sentó en un claro para aspirar el aroma de los delicados nenúfares que flotaban entre los juncos, y, acunada por el suave murmullo del agua, sus pensamientos comenzaron a vagar por el territorio de los recuerdos y, poco a poco, la nostalgia se instaló en su ánimo y ensombreció su rostro. Leda añoraba a sus padres, de quienes nunca antes se había separado, y a su querida hermana Altea, su fiel compañera de juegos y confidencias. Y aunque amaba a Tindáreo y sabía que el afecto que él le profesaba también era sincero, le entristecía haber tenido que decir adiós a los paisajes de su infancia para emprender una nueva vida en tierras extrañas, lejos de sus seres queridos.

En todo esto pensaba Leda mientras recuperaba fuerzas a orillas del Eurotas sin sospechar que, muy pronto, un inesperado encuentro cambiaría su vida y sellaría el destino de los valientes espartanos sobre los que ahora reinaba.

∞

En los cielos, el impetuoso Zeus, portador de la égida, había convencido a Hipnos para que abandonara su palacio subterráneo junto a las aguas del Leteo, viajara al Olimpo y, sirviéndose del cuerno de opio con el que aturdía las voluntades y hacía desfallecer los miembros, le infundiera un irresistible sueño a su esposa, la celosa y colérica Hera. La diosa de los níveos brazos dormía plácidamente en su perfumado lecho, ajena a las maquinaciones del Crónida, y tan profundo era su sueño que no advirtió que su esposo abandonaba a hurtadillas la morada celeste para protagonizar una de sus escapadas amorosas.

El amontonador de nubes había puesto sus ojos en la hermosa Némesis, la diosa encargada de impartir la venganza divina y castigar la desobediencia y los actos de desmesura. Prendado de su belleza, Zeus ansiaba poseerla, pero la hija de la Noche era una divinidad tan bella como escurridiza, y, consciente de la indeseada atención de la que era objeto por parte del Crónida, se ocultaba entre los mortales para sustraerse al insistente cortejo del dios. En su huida, Némesis había buscado refugio en tierras lacedemonias, y en aquel momento se encontraba descansando a la sombra de un plátano centenario cuya frondosa copa la resguardaba del tórrido sol de la Hélade. A su lado yacía la hermosa corona adornada con flores de narciso y un asta de ciervo que proclamaba ante los dioses y los hombres su condición de repartidora de justicia, infligidora de castigos y vengadora de agravios.

Apremiado por el deseo, Zeus no tardó en encontrarla. Ensimismada en sus pensamientos, la repartidora no advirtió la presencia del Crónida, si bien esta no pasó desapercibida entre los animales del bosque, que enseguida sintieron que a su alrededor el aire se inflamaba y se llenaba de augurios. Al presentir el divino aliento del hijo de Crono, los grillos y las cigarras enmudecieron, los pájaros interrumpieron sus trinos, la brisa se aquietó y un pavoroso silencio se apoderó de la espesura. Alertada por la repentina quietud que invadía la floresta, Némesis intuyó la cercanía del señor de los cielos y se incorporó de un salto.

—¿Qué buscas en estas tierras, hijo de Crono? —lo increpó la diosa, poniéndose en guardia.

—Es a ti a quien busco —respondió Zeus acariciando los rizos de su barba con una sonrisa artera.

—Nada quiero contigo, amontonador de nubes. Será mejor que regreses junto a tu esposa antes de que tus fechorías desaten su cólera, pues la diosa de los ojos de novilla es una mujer celosa y no permitirá que la avergüences con tus correrías.

Las palabras de Némesis no amedrentaron a Zeus, que siguió acercándose a ella con la mirada encendida de lujuria. Al ver la determinación del Crónida y comprender que no tenía escapatoria, la diosa decidió recurrir a un ardid: se acurrucó, empequeñeció su cuerpo y lo cubrió de pequeñas plumas, y, así, convertida en un ligero gorrión, se apresuró a adentrarse en el oscuro bosque para emprender la huida.

Pero el amontonador de nubes también dominaba el arte de la metamorfosis, y, al ver que la diosa cambiaba de forma y echaba a volar, se apresuró a desplegar sus recios brazos y a transformarse en un ágil halcón. Sorteando troncos y ramas, Zeus sometió a la diosa a una persecución implacable y la obligó a salir del bosque, hasta que, al llegar a campo abierto, casi logró darle caza. El curvado pico de la rapaz en la que se había transformado se disponía a aprisionar una de las alas del pajarillo cuando la diosa se sacudió las plumas, alargó el cuello, estiró los miembros y transformó el diminuto cuerpo del gorrión en una yegua robusta y veloz. Durante unos instantes el olímpico se quedó desconcertado, y la diosa aprovechó su confusión para patearlo con sus patas delanteras y emprender la huida al galope. El amontonador de nubes no tardó en reaccionar, y, furioso, se apresuró a desprenderse de las alas y a metamorfosearse en un brioso corcel. Lanzados ambos a la carrera, Zeus continuó persiguiéndola encarnizadamente hasta un prado herboso, donde, al cruzarse con

un apacible rebaño de carneros, a la diosa se le ocurrió una idea. Detuvo el trote, cubrió su cuerpo de velluda lana y, de este modo, transformada en una simple oveja, se internó en el rebaño con la esperanza de pasar desapercibida y engañar al taimado Crónida.

Pero el soberano del Olimpo, jadeando aún tras la carrera, advirtió la treta de Némesis y comprendió que él también necesitaría servirse de la astucia para lograr sus propósitos. Encogió el cuerpo y los miembros, se desprendió de las pezuñas y de la crin, y, adoptando la forma de un perro pastor, se dedicó a olisquear uno a uno a los mansos rumiantes hasta que descubrió una rolliza oveja cuya lana desprendía la fragancia de los narcisos que perfumaban la corona de la diosa. Recuperando la forma antropomórfica, el dios de los cielos se abalanzó sobre ella, la aprisionó con sus fornidos brazos y, oprimiéndola contra su pecho, la obligó a recobrar la apariencia humana.

Némesis gritaba y forcejeaba, pero el Crónida la sujetaba con fuerza para impedir que se le volviese a escapar. Se disponía a poseerla cuando, de repente, el sol se ocultó precipitadamente tras las crestas de las montañas, el horizonte se tiñó de púrpura y, ante sus ojos asombrados, el cielo se cubrió con las tinieblas de la noche.

—¡No te saldrás con la tuya, hijo de Crono! —tronó una voz colérica que sacudió las mismísimas entrañas de la tierra.

—¡Madre, socórreme! —suplicó Némesis.

Los aterrados gritos de la joven diosa habían viajado a través del éter y habían llegado a oídos de su madre, Nix, quien, al escuchar las angustiosas súplicas de su hija, se había apresurado a abandonar la morada que habitaba en el Tártaro, en la

región del inframundo, para acudir en su ayuda. Sorprendido y enojado por la intromisión, Zeus bajó la guardia durante un instante, descuido que aprovechó Némesis para zafarse del abrazo del dios y, amparándose en la oscuridad de la noche, emprender de nuevo la huida.

—¡No vuelvas a acercarte a mi hija! —lo exhortó Nix en tono amenazador.

—Esta vez te has salido con la tuya, hija del Caos. ¡Pero no consentiré que me des órdenes! —bramó Zeus con los ojos centelleantes de ira.

∞

Malhumorado y exhausto tras la infructuosa persecución, el humillado Crónida se recostó a descansar junto al Eurotas antes de iniciar el regreso al Olimpo. La intervención de Nix había hecho que la noche cayese prematuramente sobre la tierra, y Zeus se lamentaba furioso y maldecía para sus adentros la artimaña de la que había sido objeto cuando el sonido de una melodiosa voz que entonaba una vieja canción etolia dispersó sus pensamientos y atrajo su atención.

—¿De quién es esta voz tan dulce? —se preguntó, espoleado por la curiosidad.

Seducido por la triste melodía, el amontonador de nubes se propuso descubrir quién era la joven que le regalaba los oídos con una canción tan bella. Aguzando el oído, siguió el rastro que las notas dejaban en el aire hasta que llegó a un claro en el que las aguas del río se aquietaban formando un pequeño estanque. Sentada sobre la mullida hierba, Leda cantaba despreocupada su canción sin sospechar que, agazapado tras los juncos, el padre de los

dioses y los hombres había descubierto su presencia y la observaba encandilado.

Zeus no podía dejar de mirarla. A la luz de la luna, la piel de aquella hermosa mortal era tan blanca que competía con el argentado fulgor del astro nocturno, y sus cabellos, tan hermosos y ondulados, absorbían la nívea luz y resplandecían sobre sus hombros como delicados filamentos de plata. Extasiado por la visión, con el corazón cautivo del deseo y la virilidad enardecida, Zeus se propuso poseer a aquella joven que, con su gracia y hermosura, se atrevía a rivalizar con las divinidades inmortales y con el glorioso resplandor de la mismísima Selene.

Sin embargo, temiendo asustar a la muchacha con los abrumadores atributos de su divinidad, el taimado Crónida ideó un plan para ganarse su confianza. Ante la mirada aterrorizada de un cervatillo que se había alejado de la manada y se había acercado al río atraído por el canto de Leda, el amontonador de nubes se irguió, extendió los recios brazos y los transformó en un par de majestuosas alas. Al punto su cuerpo se contrajo y se cubrió de un níveo plumaje, el cuello se estiró y la ensortijada barba dio paso a un delicado pico negro y amarillo. De este modo, metamorfoseado en un primoroso cisne, Zeus salió del bosque y, con sigilo, se acercó a Leda.

Al ver al regio animal allegándose desde la espesura, Leda interrumpió su canción y, curiosa, permitió que se le acercara. Sin ningún temor, le acarició el largo cuello, y, embelesada, dejó que sus dedos resbalaran por el suave plumaje hasta alcanzar la delicada cola.

—¡Qué hermoso eres! —susurró Leda—. Y tus plumas son tan blancas y tan suaves…

Estremecido de placer, el cisne desplegó las magnas alas contra la oscuridad del firmamento y deslumbró a la hija de Testio con su inmaculada blancura.

∞

Cuando Leda despertó, su piel resplandecía aún más y contrastaba con el rojo encendido que abrasaba sus mejillas. Al incorporarse, todavía confusa a causa de las perturbadoras imágenes que poblaban el ensueño del que acababa de emerger, la hija de Testio se cubrió pudorosamente los temblorosos pechos con una mano mientras, con la otra, asía la ligera túnica, que yacía sobre el suave manto de hierba que le había servido de lecho. ¿Qué había ocurrido? ¿En las redes de qué extraño sueño la había aprisionado Morfeo y por qué notaba que su vientre ardía como si la semilla de una nueva vida hubiera empezado a germinar en él?

El suave murmullo de las aguas del Eurotas le recordó la melancólica canción que cantaba antes de quedarse dormida y soñar con el hermoso cisne cuya belleza y mansedumbre la habían subyugado. El animal había salido del boscaje, se había dejado acariciar y, súbitamente, la había rodeado con sus alas y se había fundido con ella en un abrazo aterrador. Leda había presentido en aquel instante la fogosidad divina, la presencia palpitante del padre de los dioses, e, impotente, aprisionada contra aquel pecho de delicadas plumas en el que latía un corazón inmortal, se había rendido al hijo del aire mientras el río enmudecía y la luna, pudorosa, se ocultaba tras un velo de nubes. Al recordar las negras palmas acariciándole los muslos, el súbito espasmo en la entrepierna, Leda sintió que una ráfaga de placer recorría su cuerpo y sus mejillas se ruborizaron.



El cisne desplegó las magnas alas y deslumbró a Leda con su inmaculada blancura.

Tambaleándose, aturdida aún por el perturbador recuerdo, la hija de Testio cubrió su desnudez y se peinó la alborotada melena antes de adentrarse de nuevo en el bosque para emprender el camino de regreso a Esparta. «Solo ha sido un sueño», se dijo a sí misma mientras dejaba que el agua del Eurotas refrescase su encendido rostro. ¿Qué otra cosa podía ser?

Mecida por la brisa, una suave pluma de cisne rozó su piel y fue a posarse sobre las negras aguas del río, donde su nívea blancura se fundió con el reflejo plateado de la luna.

◇◇◇

En el mégaron, el gran salón del palacio real, apenas quedaban ya unos pocos hombres que seguían bebiendo vino y celebrando con chanzas y canciones la muerte del usurpador Hipocoonte y la restitución en el trono de Tindáreo, su legítimo rey. A esa hora, avanzada ya la noche, la mayoría de los lacedemonios que habían asistido al banquete había optado por retirarse a sus aposentos tras nueve jornadas de agotadoras celebraciones, pero Tindáreo, exultante de felicidad y eufórico de vino, se resistía a abandonar a sus camaradas, que seguían entrechocando las copas y rindiendo tributo a Dioniso.

—¡Un brindis por nuestra soberana, la bella Leda! —propuso un viejo guerrero que había servido a las órdenes del rey Ébalo, el padre de Tindáreo.

—¡Por nuestra soberana! —gritaron los hombres al unísono.

Tindáreo sonrió, conmovido por el gesto, y apuró su copa. Pese a su juventud, Leda había sabido ganarse el afecto de aquellos curtidos soldados que, tras su exilio y triunfal regreso, aclamaban a su marido y estaban dispuestos a dar su vida por

él. La belleza y el dulce carácter de Leda habían conquistado los corazones de los espartanos, y el brindis que le acababan de dedicar le hizo recordar a Tindáreo su primer encuentro con su esposa, cuando la sorprendió paseando distraída junto a su hermana Altea por los fragantes jardines del palacio de Etolia. Aquel día, al cruzarse con él, la princesa le había dedicado una fugaz sonrisa y se había sonrojado mientras inclinaba tímidamente la cabeza y, con la mano, apartaba del hermoso rostro un bucle de rubísimos cabellos que se había soltado de la trenza para acariciarle la mejilla. Alcanzado por la flecha de Eros, Tindáreo había empezado a cortejarla aquel mismo día, y pocos meses después, con la aprobación de su anfitrión, el rey Testio, la había convertido en su esposa.

Pensar en Leda, a la que suponía descansando en sus aposentos, hizo que el deseo de yacer con su bella cónyuge se apoderara de él. Tras unos instantes, Tindáreo se levantó de su asiento y anunció que él también se retiraba.

—Pero, antes, brindemos una vez más para honrar al valeroso Hércules, que ha destruido al usurpador Hipocoonte y a sus necios hijos y me ha devuelto el trono que por nacimiento me corresponde —dijo Tindáreo alzando su copa—. ¡Por Hércules!

—¡Por Hércules! —rugieron los lacedemonios.

Mientras en el salón corría el vino y se reanudaban las canciones, Tindáreo, acuciado por el ansia, abandonó el mégaron y recorrió con paso veloz los pasillos que conducían a los aposentos de la reina. Al entrar en la regia cámara, vio a su esposa de pie, junto a la ventana, aspirando el tibio aroma de los jazmines y contemplando ensimismada el resplandor de la luna llena. Al vislumbrar a contraluz las voluptuosas formas

que la fina túnica de lino apenas ocultaba, su deseo se incendió. Tindáreo fue hacia ella, le apartó los ondulados cabellos y la besó apasionadamente en la nuca mientras sus dedos retiraban la tela que le cubría los hombros y se deslizaban por su espalda. Leda, absorta en sus cavilaciones, no se había percatado de la llegada de su esposo y se sobresaltó al notar el cálido contacto de sus robustas manos sobre sus brazos desnudos. Sus pensamientos seguían enredados en el extraño sueño que había tenido junto al Eurotas, y, turbada aún por el recuerdo del encuentro erótico con el cisne, se había refugiado en su dormitorio confiando en que, tras la fiesta, Tindáreo estaría demasiado agotado para visitarla.

Poco a poco, las caricias de Tindáreo sacaron a Leda del trance en el que se hallaba sumida. Apremiado por el deseo, la despojó del peplo, y la llevó hasta el perfumado lecho, donde le hizo el amor hasta que los rosados dedos de la aurora apartaron las tinieblas de la noche y en el horizonte asomaron las luces del alba. Colmada la pasión, Tindáreo se quedó dormido en brazos de su esposa, sin sospechar que la semilla que acababa de plantar en su vientre ya había empezado a germinar junto a la simiente divina del inmortal soberano olímpico.

∞

—¡Muchacha, ve a la cocina enseguida y trae un plato de higos! —ordenó la vieja Agarista a una de las sirvientas—. ¡Y no te entretengas! La reina tiene un antojo.

En los jardines del palacio de Esparta, Leda disfrutaba de la caricia del sol y de la suave brisa otoñal, impregnada aún de los perfumes del verano, y volvía a tener hambre. La joven soberana estaba encinta, y la feliz noticia había sido acogida con gran alegría en todos los rincones del país y, de manera especial, por el rey, que estaba exultante ante la perspectiva de ver nacer a su primer hijo. Nada entristecía más a un griego que la posibilidad de morir sin descendencia, pero Leda se había quedado embarazada a los pocos meses de contraer matrimonio y, para dicha de los lacedemonios, todo parecía indicar que la reina era una mujer fértil que le proporcionaría a Tindáreo una prole numerosa con la que asegurar la continuidad del linaje de Ébalo y, con ella, la paz y la política de alianzas que Esparta había establecido con las demás ciudades del Peloponeso.

Agarista, la sabia nodriza que había criado a Tindáreo desde que nació, se ocupaba ahora del bienestar de la reina, cuyo apetito se había vuelto caprichoso y descomunal. Desde que estaba encinta, ninguno de los manjares que le traían de la cocina parecía saciar su hambriento estómago, y Agarista, siempre pendiente de los deseos de la soberana, se afanaba por satisfacer sus antojos y supervisaba con diligencia que todo estuviera a punto para cuando llegara el momento de recibir al recién nacido. Aunque todavía faltaban varios meses para que Leda diera a luz, su barriga había alcanzado un volumen extraordinario, y por eso, y también por la sorprendente gula de la que hacía gala, la nodriza barruntaba que la soberana llevaba más de un retoño en su vientre.

—Haz acopio de fuerzas, hermosa Leda, pues estoy convencida de que en un mismo parto alumbrarás a más de un hijo —le decía.

Leda, consciente de la avidez que la devoraba por dentro, también presentía un embarazo múltiple y se preguntaba si el hijo o los hijos que esperaba habían sido realmente en-

gendrados por Tindáreo. Nunca le había contado a nadie su encuentro con el ánade ni se atrevía a compartir sus temores con su esposo, que desde que sabía que iba a ser padre se dedicaba a colmarla de atenciones, y la incertidumbre la mortificaba. Además, la soberana ni siquiera estaba segura de lo que había sucedido aquella noche a orillas del Eurotas, y, ante los extraños pensamientos que la asaltaban, se refugiaba en la esperanza de que sus temores fueran infundados y se debieran a su condición de parturienta primeriza. ¡Ah, cómo echaba de menos la compañía y los consejos de su madre, la sabia reina Eurítemis! Si al menos ella estuviera allí para reconfortarla…

—Todo irá bien, mi dulce Leda —le aseguraba Tindáreo cuando la sorprendía pensativa, con el rostro ensombrecido por la preocupación.

◊◊◊

Fueron pasando los meses. El otoño dio paso al cruel invierno mientras, en el palacio, la expectación iba en aumento. La reina daría a luz en primavera, cuando las llanuras de Esparta recuperaran su verdor, y, Leda, impaciente, salía cada día al jardín y escrutaba la tierra y los arbustos en busca de algún tímido brote que, bajo la escarcha, anunciara el anhelado cambio de estación. Cuando finalmente la nieve abandonó la cumbre del Taigeto y las tiernas hojas empezaron a despuntar en las ramas de los árboles, la espera se hizo aún más tensa y el nerviosismo se apoderó de los habitantes del palacio. Tindáreo, al margen de los preparativos, a duras penas podía contener la impaciencia y mataba el tiempo ejercitando su espada, cazando y jugando a los dados con los soldados.

Las contracciones despertaron a Leda al despuntar la madrugada, tras haber tenido una sorprendente visión que confirmó los presentimientos que la habían acompañado durante todo el embarazo: aquella noche, Ilitía, la diosa que presidía los alumbramientos y asistía a las parturientas y las comadronas, se le apareció en sueños envuelta en un manto de bruma. Ilitía, que sostenía en su mano la antorcha mediante la cual guiaba a los niños para que salieran de la oscuridad del útero materno, le dijo a Leda que venía a entregarle un mensaje.

—Cuando empiecen las labores del parto, deberás dirigirte a solas al monte Taigeto para dar a luz, pues así lo ha dispuesto el soberano Zeus, que es quien me envía. Prepárate, Leda, porque alumbrar a inmortales no es tarea sencilla.

—Entonces, ¿son de Zeus los hijos que llevo en mis entrañas? —preguntó Leda, desconcertada por la extraordinaria revelación.

—El Crónida engendró a una de las parejas de gemelos que llevas en el vientre, augusta Leda. La otra fue engendrada por tu esposo Tindáreo —dijo Ilitía antes de desaparecer.

Leda despertó del extraño sueño sobresaltada y bañada en sudor, e inmediatamente un espasmo violento la obligó a reprimir un grito. El gran momento había llegado al fin, solo que, en vez de dar a luz en su alcoba, rodeada de los cuidados de Agarista y sus sirvientas, debería escabullirse del palacio y encaminarse al Taigeto sin compañía alguna, pues así lo había ordenado Zeus. Con sigilo para no alertar a Tindáreo ni a la anciana nodriza, que siempre estaba pendiente de ella, Leda salió de sus aposentos, y, ocultando su rostro y su abultada barriga bajo la tosca capa de una de sus sirvien-

tas, logró engañar a los guardias que custodiaban los portones y abandonar el palacio y la ciudad sin ser reconocida.

Mientras encaminaba sus pasos hacia el Taigeto, un viento huracanado empezó a agitar las copas y los troncos de los árboles, el cielo adquirió el color del vino y los fulgurantes relámpagos de Zeus desataron en el firmamento una tempestad sin lluvia. Desde el Olimpo, como un padre nervioso, el amontonador de nubes observaba a Leda y acompañaba sus desgarradores gritos con truenos que retumbaban en todo el valle y sembraban el terror entre los animales que habitaban la montaña.

—¡Ay de mí! ¡Ayúdame, Zeus! —suplicaba Leda.

Sacudida por violentas contracciones, la hija de Testio avanzaba despacio por los escarpados caminos, pues el intenso viento que soplaba dificultaba su avance y el dolor la obligaba a detenerse a menudo para recobrar fuerzas. Al llegar al pie del Taigeto, encontró una pequeña gruta y, sin dudarlo un instante, se acomodó en su interior. Era apenas una oquedad abierta en la roca, pero le serviría para resguardarse de la terrible tempestad que se había desatado a su alrededor.

Tan pronto entró en la cueva, la lluvia empezó a caer con furia sobre la tierra. Acomodada sobre un improvisado lecho de hojas, Leda invocaba a Ilitía para que la asistiera en la dolorosa tarea de dar a luz a los hijos de un inmortal.

—¡Venerable Ilitía, auxíliame! ¡Solo tú puedes mitigar mi dolor en esta espantosa hora del parto! —imploraba.

Finalmente, al atardecer, tras doce horas de fatigas que la habían dejado exhausta, Leda sintió que las entrañas se le desgarraban con un dolor aún más intenso y supo que el tormento estaba a punto de concluir. Al borde de la extenuación,

empujó con fuerza, pero, en vez de alumbrar a un niño, lo que parió fue un inmenso huevo. Desconcertada, se incorporó y tomó el huevo entre sus manos creyendo que ya todo había terminado, pero, a los pocos instantes, una segunda y terrible punzada de dolor la obligó a seguir empujando. De su vientre salió otro huevo, idéntico al anterior, mientras Leda apenas podía creer lo que veía.

Al instante, la pavorosa tormenta amainó y el sol del atardecer tiñó de azul cobalto el cielo crepuscular. Como una madre amorosa, Leda abrazó los huevos y les dio calor con su cuerpo hasta que las duras cáscaras empezaron a resquebrajarse. De cada uno de ellos nació una pareja de gemelos, niño y niña respectivamente, y Leda, desbordante de felicidad, abrazó a los recién nacidos y los cubrió de besos y caricias mientras las lágrimas rodaban por sus mejillas. Al contemplar embelesada a sus pequeños, advirtió que una especie de fulgor envolvía a los recién nacidos que habían salido del primer huevo y comprendió que aquella era la pareja de gemelos que había sido engendrada por Zeus.

—Pólux y Helena, esos serán vuestros nombres —susurró Leda, radiante de felicidad. Y añadió—: Y vuestros hermanos mortales se llamarán Cástor y Clitemnestra.

Como todos los recién nacidos, los infantes rompieron a llorar. Y entonces, para celebrar y acompañar su llanto, los cielos se iluminaron con el resplandor de los relámpagos y retumbaron una vez más mientras el Crónida, sonriente y satisfecho, emprendía el camino de regreso el Olimpo, la eterna morada celestial desde la cual, junto a la augusta Hera, reinaba sobre los dioses y los hombres.

2

El primer rapto de Helena

En una de las suaves llanuras que rodeaban la ciudadela de Esparta, dos jinetes competían en una improvisada carrera de velocidad mientras Zeus, camuflado entre las nubes, observaba gozoso el espectáculo. Uno de los jinetes era su hijo Pólux, nacido de su relación con Leda; el otro, su hermano gemelo Cástor. Habían transcurrido doce años desde que tuviera lugar el cuádruple alumbramiento al pie del monte Taigeto, y los tindáridas, como eran conocidos los hermanos, se habían convertido en unos muchachos apuestos y valientes que despertaban la admiración de las gentes de Esparta. Cástor destacaba por su habilidad con los caballos, lo que hacía de él un jinete excepcional, mientras que Pólux, que era imbatible con los puños, se había convertido en un púgil famoso que hacía morder el polvo de la arena incluso a los boxeadores más veteranos.

Tras ganar la carrera, Cástor desmontó, acarició el lomo del caballo zaino que le había dado la victoria y se acercó a

Helena, su hermana gemela, que había asistido divertida al espectáculo y sostenía entre sus manos una sencilla corona de flores. El tindárida, con gesto serio, hincó la rodilla en tierra, y Helena, imitando los movimientos solemnes que había visto ejecutar a su madre cuando premiaba a los vencedores de los juegos, colocó la corona sobre su cabeza y, espontáneamente, le dio un beso en la mejilla.

—¡Eres el mejor jinete de Esparta, hermano! —dijo Helena, orgullosa.

Desde una de las ventanas del palacio, Leda observaba complacida a sus hijos, que imitaban con sus juegos y bromas a los atletas lacedemonios. Leda y Tindáreo no podían ocultar la satisfacción que les producía ver cómo Cástor y Pólux crecían y se convertían en unos jóvenes fuertes y aguerridos, y, sobre todo, les enorgullecía haber criado a unos muchachos de corazón gentil que rivalizaban en el afecto que mutuamente se profesaban. El hecho de que Cástor fuera hijo de Tindáreo, y Pólux, de Zeus, no había menguado ni un ápice la devoción que sentían el uno por el otro ni había dado pie a que surgieran entre ellos suspicacias o resentimientos, algo que al principio había preocupado a Leda. Desde el momento mismo de su nacimiento Cástor y Pólux se convirtieron en inseparables, y, con el paso de los años, el vínculo fraternal que los unía había propiciado que naciera entre ellos una amistad inquebrantable de la que ambos presumían ufanos.

No ocurría así con Helena y Clitemnestra, que mantenían una relación más bien distante en la que no cabían las muestras de afecto ni las confidencias, cosa que entristecía a Leda. Entre ellas nunca había surgido ese espíritu de camaradería que compartían sus hermanos, tal vez porque, a diferencia de Cástor y Pólux, las dos jóvenes no se parecían en nada, ni en lo tocante al aspecto físico ni en lo relativo al carácter. Si Helena era una muchacha de natural alegre y risueña, en la mirada de Clitemnestra había siempre una sombra de tristeza que parecía presagiar el trágico destino que los dioses le tenían reservado.

Cuando estaban juntas, las diferencias se acentuaban. Helena poseía una mirada amable y cristalina, una piel sonrosada que se arrebolaba en las mejillas y una cabellera rubia y ondulada que, al sol, ardía y relumbraba con el fulgor del oro bruñido. Clitemnestra, por su parte, tenía el cabello liso y negro como el azabache, y sus grandes ojos oscuros, enmarcados por un manto de espesas pestañas, contrastaban con la palidez de su tez y le conferían a su rostro un aire grave y prematuramente adulto. Aunque, a su manera, Clitemnestra también era hermosa, su belleza severa y triste no podía competir con la de su hermana Helena, y, cuando estaban juntas, era la hija de Zeus quien acaparaba todas las miradas y sobre quien invariablemente recaían los lisonjeros halagos. Aunque Clitemnestra fingía no darse cuenta y nunca se quejaba en voz alta, Leda había advertido hasta qué punto la inevitable comparación afligía a la joven y no sabía cómo aliviar la tristeza que atormentaba el corazón de la muchacha. Aunque dada la extraordinaria belleza de Helena, Leda consideraba hasta cierto punto natural que Clitemnestra sintiera celos de su hermana, le preocupaba que la envidia ensombreciera su corazón y contribuyese a que su carácter, de natural reservado, se volviera aún más taciturno.

—¿Por qué no vas a jugar con ellos? Parece que se lo están pasando bien —le dijo Leda a su hija.

Clitemnestra, concentrada en la labor, no respondió. De reojo, Leda observó a su hija, que apretaba los labios con dureza, y suspiró para sus adentros. Clitemnestra era una chiquilla retraída, bien lo sabía, y a menudo prefería quedarse junto a su madre o con las sirvientas mientras Cástor, Pólux y Helena correteaban por el jardín o jugaban en el palacio con otros niños a esconderse tras los tapices y cortinajes que ornaban las diferentes estancias de la mansión. Cástor y Pólux, ajenos a los amargos celos que nublaban los pensamientos de Clitemnestra, se metían a veces afectuosamente con ella y la invitaban a participar en sus juegos, pero, a diferencia de Helena, que adoraba a sus hermanos, Clitemnestra siempre ponía excusas y rehusaba unirse a la diversión.

Aunque de carácter más vivaracho y alegre, Helena también era una niña tímida, tal vez porque, con solo doce años, era consciente de la admiración que despertaba entre los adultos y eso la asustaba. A menudo sorprendía en los ojos de los hombres miradas cargadas de deseo que aún no sabía cómo interpretar, y, cuando eso sucedía, sus mejillas se ruborizaban haciendo que su belleza resplandeciera aún más. Tindáreo, que veía la excepcional beldad en la que se estaba convirtiendo su hija, no podía evitar sentirse intranquilo. Aunque no se atrevía a confiarle a Leda sus temores, le preocupaba que la deslumbrante belleza de Helena se convirtiera en una maldición cuando la joven alcanzase la edad adulta. La fama de su hermosura se había extendido ya por la anchurosa tierra, y la curiosidad impulsaba a reyes y príncipes a viajar a Esparta con el único propósito de conocer a esa niña que, según contaban, rivalizaba en gracia y belleza con la mismísima Afrodita. Al rey le preocupaba que, en el futuro,

cuando Helena alcanzase la edad casadera y llegase el momento de darle un esposo, la rivalidad entre los numerosos pretendientes que sin duda acudirían a Esparta para disputarse su mano diera lugar a rencillas y rencores que agitasen el fantasma de la guerra y alterasen la paz de la que gozaba el reino desde hacía más de una década.

◇◇◇

—¡Deja eso, muchacha! ¡El cabello de la princesa no necesita ungüentos para brillar! —increpó la anciana Agarista a una de las jóvenes sirvientas mientras le arrebataba de las manos un pequeño frasco que contenía aceite de oliva mezclado con romero.

Las fiestas en honor a Ártemis, la diosa cazadora, estaban a punto de comenzar, y la joven Helena esperaba impaciente a que las sirvientas terminaran de vestirla para poder salir del palacio sin que una legión de guardias custodiase la litera en la cual la obligaban a desplazarse cuando quería pasear por la ciudad. Debido a la notoriedad que había alcanzado su belleza y a que todavía era una niña, Leda y Tindáreo intentaban protegerla y no le permitían pasear a pie ni con la cara descubierta por las calles de Esparta para evitar que, a su paso, se produjesen altercados y aglomeraciones que pudieran poner en riesgo su seguridad. Sin embargo, las fiestas constituían una ocasión especial, y los reyes habían accedido a que Helena recorriera a pie, protegida por una simple escolta, el trayecto entre el palacio real y el templo de la diosa Ártemis, situado extramuros en las cercanías del río Eurotas. Ahora que finalmente el gran día había llegado, Helena estaba doblemente emocionada porque, aquel año,

participaría en la tradicional danza ritual que se celebraba frente a la entrada del templo para agasajar a la divina hermana de Apolo.

Desde primera hora de la mañana, las sirvientas se habían afanado en preparar adecuadamente a Helena para que estuviera radiante. La habían bañado y le habían friccionado la piel con aceite perfumado, le habían peinado los rubísimos cabellos y le habían colocado las sandalias de cuero, el fino peplo de lino y el exquisito ceñidor, pero la anciana Agarista tenía razón: Helena no necesitaba ninguno de los afeites que empleaban las otras jóvenes para resaltar su belleza. Sus cabellos dorados, que desprendían reflejos rojizos cuando los iluminaba el sol, brillaban de forma natural y no precisaban de cosméticos, mientras que sus suaves mejillas presentaban siempre un color sonrosado que hacía innecesario el uso de pigmentos.

—La princesa ya está lista para salir del palacio —anunció Agarista—. Avisad a la escolta.

Antes de abandonar los aposentos reales, la nodriza todavía adornó con flores de jazmín las pequeñas trenzas que enmarcaban el rostro de Helena y que servían para contener la abundante melena, que llevaba suelta. Recolocó las fíbulas que sujetaban el peplo, acomodó el ceñidor alrededor de sus caderas y colocó sobre sus hombros una ligera capa.

—Recuerda quién eres. Compórtate con la modestia propia de una doncella y con la dignidad que corresponde a tu linaje —le dijo Agarista antes de partir.

Emocionada, Helena salió del palacio, y, acompañada por Agarista, algunas sirvientas y unos pocos guardias, echó a andar en dirección a los portones de bronce que custodiaban el



Las sirvientas se afanaron en arreglar a Helena para la fiesta en honor a Ártemis.

acceso a la ciudadela. Con motivo de las fiestas, los espartanos habían engalanado la ciudad con flores y vistosas guirnaldas, y, en las calles, el estruendo de los cuernos, que sonaban en honor de la diosa cazadora, se mezclaba con la alegre música de los tambores y las cítaras. Helena, sonriente, disfrutaba del vibrante espectáculo que se desarrollaba a su alrededor, aunque no podía evitar que los halagos que sus conciudadanos le dedicaban hicieran que se sintiera algo cohibida. Al fin y al cabo, aunque su cuerpo comenzaba ya a insinuar la redondez de las formas femeninas, todavía era una chiquilla que dormía con la pequeña muñeca que su madre había hecho fabricar para ella cuando solo era un bebé.

El santuario de Ártemis Ortia se alzaba no muy lejos de la ciudadela de Esparta, entre Limnai y la orilla occidental del Eurotas, pero los espartanos y los aldeanos de las poblaciones vecinas se agolpaban para ver a Helena y, pese a los esfuerzos de los guardias, que habían formado un muro compacto a su alrededor, la comitiva avanzaba más despacio de lo previsto: todo el mundo quería ver a la princesa con sus propios ojos y comprobar si era cierto lo que contaban sobre su belleza sin parangón.

—¡Apartaos! —se desgañitaban los guardias—. ¡Dejad pasar a la hija de Tindáreo!

En la entrada del templo, una de las sacerdotisas de la diosa quemaba incienso y hacía humear un trípode. Al llegar al témenos, el terreno sagrado donde se alzaba el santuario, la hija de Zeus se despojó de la capa y, vestida con un ligero peplo de lino blanco, empezó a subir los escalones mientras un silencio solemne se apoderaba del lugar. La acompañaban un grupo de muchachas de su misma edad y un joven flautista que apenas

se atrevía a posar sus ojos en ella, y, cuando el instrumento empezó a sonar, Helena y el resto de las jóvenes empezaron a bailar al son de la melodía. La hija de Zeus ejecutaba las distintas partes de la danza con movimientos sensuales y sutiles, como una bailarina experta, mientras esparcía por el aire pétalos de flores que perfumaban el ambiente y lo llenaban de color. El público, cautivado por el espectáculo, comentaba entre susurros la extraordinaria belleza de la hija de Leda mientras ella, hipnotizada por la música, seguía contoneando armoniosamente su cuerpo, ajena a lo que ocurría a su alrededor.

Entre los asistentes que se habían congregado en torno al templo había dos extranjeros recién llegados a la ciudad que habían viajado expresamente desde tierras lejanas para ver a Helena. Eran Teseo, rey de la poderosa Atenas, y su viejo amigo Pirítoo, rey del pueblo de los lapitas. Aunque los dos monarcas ya habían entrado en la edad madura y se encontraban en el ocaso de sus vidas, anhelaban vivir una última aventura antes de retirarse a sus respectivos reinos para envejecer en paz, por lo que, al oír hablar de la singular belleza de Helena, habían resuleto ir a las tierras lacedemonias y comprobar si era cierto lo que contaban acerca de la singular hermosura de la joven. Ambos eran viudos y andaban en busca de sendas esposas que pudieran considerar apropiadas a su rango, y tras decidir viajar a Esparta habían acordado lo siguiente: uno de ellos se desposaría con Helena y ayudaría después al otro a conseguir una esposa digna de su realeza.

Vestidos con ropajes toscos para no llamar la atención, Teseo y Pirítoo se habían mezclado con la muchedumbre y contemplaban extasiados a Helena, que seguía bailando al son de la música.

—No hay duda de que esta niña rivaliza con Afrodita en belleza y gracia. Tiene que ser mi esposa —le dijo Teseo a Pirítoo al oído.

—Eso ya lo veremos, amigo mío —replicó Pirítoo con una sonrisa—. Aún no hay nada decidido.

Al cesar la música, la euforia del público se desató y los murmullos se transformaron en gritos de júbilo. Helena, despertando del trance en el que la había sumido la danza, se situó junto a la sacerdotisa para recibir a los espartanos, que ya empezaban a subir por la escalinata del templo para homenajear a la diosa y depositar las ofrendas que traían consigo. Los devotos le llevaban a Ártemis flores, frutos silvestres, animales de caza y todo tipo de estatuas votivas, desde modestas máscaras de arcilla hasta elaboradas figurillas de plomo y terracota. Al pasar junto a la hija de Leda, ninguno de los oferentes, ya fuera hombre o mujer, podía dejar de admirar su belleza y sentirse turbado en su presencia. Helena, azorada por la admiración que despertaba entre su pueblo, sonreía tímidamente con la cabeza pudorosamente inclinada y las mejillas aún encendidas tras la agitación del baile.

Todo parecía discurrir como estaba previsto cuando, de pronto, Helena vio cómo un gigantesco caballo blanco que se había abierto paso entre la multitud se levantaba sobre sus cuartos traseros y comenzaba a relinchar con gran estruendo. El caballo arremetió contra el gentío, que se vio obligado a apartarse para evitar la embestida del animal, y, mientras esto sucedía, Helena notó que unos brazos fornidos la rodeaban por la cintura y la levantaban del suelo. Pataleando y chillando, Helena intentó resistirse a la captura, pero el desconocido se la echó a los hombros como si fuese una cabritilla y



Los fornidos brazos de Teseo rodearon a la princesa Helena y la levantaron del suelo.

comenzó a bajar las escalinatas del templo mientras los guardias que conformaban la escolta de la princesa intentaban acudir en su ayuda. Sus esfuerzos, sin embargo, resultaban del todo vanos: un hombre a caballo y armado con una lanza los acometía con fiereza e impedía que se acercaran al captor. Era Pirítoo.

Helena seguía chillando y demandando auxilio, pero sus gritos se confundían con los quejidos agónicos de los soldados alcanzados por la lanza de Pirítoo y las exclamaciones de terror de la muchedumbre. Al llegar al final de la escalinata, Teseo silbó una melodía y, al punto, el caballo que había provocado el caos se abrió paso entre el gentío y se allegó hasta donde se encontraba su amo. El ateniense sujetó las riendas del animal, tendió a Helena sobre la grupa, montó y, ante el desconcierto general, salió huyendo a galope tendido seguido de Pirítoo sin que los desconcertados guardias que quedaban en pie pudieran hacer nada para impedir la fuga.

Nadie sabía quiénes eran aquellos extranjeros que se habían atrevido a raptar a la hija del rey de Esparta. Pero cuando la noticia llegara a palacio y se organizara la partida de rescate de la princesa, Teseo y Pirítoo estarían ya muy lejos, camino de Atenas, celebrando como dos adolescentes el victorioso final de la insensata e impredecible aventura que acababan de protagonizar.

∞

En las estancias de la mansión que Teseo poseía en Afidna, el tiempo transcurría lentamente mientras los días se alargaban y las noches acortaban las horas de oscuridad. En el perfumado gineceo, a resguardo de la tenaz lluvia primaveral que

empapaba los campos y refrescaba la brisa que soplaba desde poniente, un grupo de muchachas, todas ellas doncellas, cardaba lana, hilaba y tejía en torno a Etra, la abnegada madre de Teseo. Las jóvenes, sentadas en rústicos taburetes, charlaban y aligeraban la labor con inocentes chismorreos, bromas y canciones que habían oído a los aedos o que inventaban sobre la marcha para divertirse, trenzando palabras y rimando estrofas. Solo Helena permanecía cabizbaja, con el semblante serio, y no participaba del buen humor ni de las risas que salpicaban la monotonía de las horas. Aunque sus ojos parecían concentrados en la rueca y en el primoroso paño que estaba tejiendo, sus pensamientos se encontraban muy lejos, en su querida Esparta, y apenas prestaba atención a lo que ocurría a su alrededor.

—¿Creéis que en Lacedemonia las princesas también tejen o sus manos son demasiado delicadas para hacer funcionar la rueca? —preguntó con malicia una joven mofletuda que estaba celosa de la belleza de Helena.

—Seguro que, en Esparta, Helena se pasaba el día bañándose, peinándose y aplicándose cosméticos... —añadió otra mientras el resto se echaba a reír.

—Dejadla en paz —ordenó Etra en tono severo—. ¡Debería daros vergüenza! Helena está lejos de sus seres queridos y haríais bien en compadeceros de ella en vez de mortificarla con vuestras burlas. —Y dirigiéndose a Helena, continuó—: No les hagas caso, muchacha. La lluvia las pone de mal humor y el aburrimiento afila sus lenguas.

Helena le dedicó a Etra una sonrisa afectuosa, aunque no dijo nada. La madre de Teseo era una mujer bondadosa y la trataba como si fuera su propia hija, pero Helena no dejaba

de ser una prisionera, una cautiva obligada a vivir entre extraños en una tierra desconocida, y su ánimo estaba triste. Poco importaba que, en Afidna, sus gentes también hablasen griego, rindiesen culto a los mismos dioses o tuvieran costumbres similares a las suyas: el Ática no era su hogar. Había transcurrido ya más de un año desde que Teseo y Pirítoo la raptaran y, aunque se negaba a reconocerlo, poco a poco empezaba a perder la esperanza y su ánimo estaba cada día más triste. ¿Qué estaría sucediendo en Esparta? ¿Por qué su padre y sus intrépidos hermanos, a los que tanto amaba y de los que tan orgullosa se sentía, no acudían a rescatarla?

∞

El azar había hecho que el destino de la hija de Leda quedase en manos de Teseo y no de Pirítoo. Tras huir de Esparta, los dos amigos habían acampado en un bosque para descansar y pasar la noche y, mientras Helena dormía, se habían jugado a los dados quién de los dos se casaría con ella. Teseo, bendecido por la fortuna, había ganado la partida, pero Helena todavía era muy joven para contraer matrimonio, y, con buen tino, el ateniense había decidido postergar las nupcias y dejarla bajo los cuidados de su madre Etra hasta que la joven alcanzara la edad núbil.

Al principio, tras separarse de Pirítoo, Teseo había planeado llevar a Helena a Atenas, donde reinaba desde la muerte de su padre Egeo. Sin embargo, poco antes de llegar a la ciudad, había cambiado de opinión y finalmente la había dejado con su madre en Afidna, una pequeña y próspera población situada a varios kilómetros al norte de Atenas. Teseo era consciente de que la situación política en Atenas era delicada, y temía que la presencia de Helena en la ciudad incrementase el malestar de los nobles y suscitase la oposición de los ciudadanos de linaje más noble, los llamados eupátridas, que nunca habían visto con buenos ojos las reformas que había llevado a cabo en Atenas y seguían intrigando para deponerlo del trono.

La preocupación de Teseo estaba justificada. Su alocada iniciativa, más propia de un joven imberbe que de un rey de pelo cano, había suscitado la airada reacción por parte de Tindáreo y auguraba el inicio de una agria disputa entre los dos reinos. Esparta era una ciudad poderosa, y lo último que deseaban los atenienses era verse atrapados en una guerra con sus vecinos lacedemonios por culpa del ansia de aventuras de su irreflexivo rey. El conflicto había agudizado todavía más las tensiones internas que se vivían en Atenas, y la ausencia de Teseo, que se había embarcado en una nueva misión junto a su amigo Pirítoo, reforzaba las críticas de sus detractores y debilitaba los argumentos de los pocos nobles que seguían siendo leales al rey.

∞

Aprovechando que la lluvia había cesado, Etra le pidió a Helena que la acompañase a dar un paseo por el jardín. Helena aceptó complacida, pues, aunque odiaba a Teseo con todas sus fuerzas, el corazón generoso de Etra había conseguido ganarse su afecto y le gustaba disfrutar de su compañía.

—Tarde o temprano, mis hermanos vendrán a rescatarme —dijo Helena a Etra cuando estuvieron a solas en el jardín—. Cástor y Pólux no me abandonarán a mi suerte, y, cuando eso suceda, no olvidaré el gentil trato que me has dispensado, por mucho que odie a tu hijo.

—¡Sé cuánto los echas de menos! —respondió Etra—. He oído que, pese a su juventud, los jóvenes tindáridas se han convertido en unos guerreros temibles.

—¿Y qué más has oído, noble anciana? —preguntó Helena, impaciente—. ¿Tienes noticias de Esparta o de Atenas? ¿Sabes si están negociando mi rescate?

Etra suspiró, meneó la cabeza y permaneció en silencio durante unos instantes.

—¡Ay, mi hijo es un insensato! —dijo finalmente—. En Atenas, los eupátridas conspiran, las intrigas se extienden por el palacio y el caos amenaza con arruinar la ciudad. Y, mientras, Teseo ha vuelto a embarcarse en una de sus locas aventuras...

—¿Adónde ha ido esta vez? —inquirió Helena.

—Lo desconozco. —Etra se encogió de hombros—. Lo único que sé es que ha vuelto a marcharse con su amigo Pirítoo, ese viejo carcamal, que todavía anda en busca de esposa...

Una de las esclavas jóvenes de Etra, que acababa de llegar del mercado, irrumpió en el jardín y, con su presencia, interrumpió la conversación. La joven respiraba fatigosamente, y sus enrojecidas mejillas y el sudor que perlaba su rostro indicaban que había regresado a toda prisa a la hacienda.

Al ver el rostro desencajado de la esclava, Etra se alarmó.

—¿Qué sucede, muchacha? ¿Por qué traes esa cara? ¿Acaso has visto un fantasma?

—¡Oh, noble señora! En el ágora circulan rumores de que un gran ejército ha entrado en la región y se dirige hacia Atenas —dijo la sirvienta. Y mirando a Helena de reojo, añadió—: Son los espartanos, que han reunido un gran ejército para rescatar a Helena de Esparta. Y los jóvenes Dioscuros son quienes lo dirigen.

El semblante de Etra se abatió. Sabía lo que aquello significaba. El Ática volvería a vivir días de desasosiego y violencia, de muerte y destrucción, y esta vez su hijo no estaría allí para acallar las inevitables críticas de los nobles y defender a su pueblo del justo anhelo de venganza de los ofendidos lacedemonios.

3

La campaña de Atenas

Caía la tarde con resplandores de oro cuando los soldados dejaron en tierra los enseres que traían consigo y empezaron a fijar las tiendas en el polvoriento suelo. Comandado por Cástor y Pólux, el ejército lacedemonio había recorrido las llanuras del Ática hasta avistar Atenas, donde finalizaba el viaje que habían emprendido dos semanas atrás. Con Atenas a su alcance, los Dioscuros —como se conocía también a los gemelos por ser de Pólux hijo de Zeus— habían ordenado a sus hombres que montaran el campamento y organizaran la guardia. La noche se avecinaba, y los espías atenienses no tardarían en descubrir que el ejército espartano había acampado en las afueras de la ciudad y se preparaba para asediarla.

Una vez montadas las tiendas, los soldados encendieron fogatas, abrieron odres de vino, sacrificaron algunas ovejas y comieron y bebieron para reponer fuerzas después del extenuante viaje. Tras compartir el banquete con sus hombres, Cástor

y Pólux recorrieron a pie el campamento para cerciorarse de que todo estaba en orden y se retiraron a su tienda a descansar.

Acostados en los duros camastros, Cástor y Pólux no lograban conciliar el sueño. Había transcurrido un año desde que Teseo raptara a Helena durante las fiestas en honor a Ártemis, y los Dioscuros estaban ansiosos por entrar en acción.

—Pronto abrazaremos a nuestra hermana —dijo Cástor.

—Ni siquiera sabemos si está en Atenas, ni si continúa viva —replicó Pólux.

—Sea como sea, los atenienses tendrán que entregárnosla si no quieren ver el Ática reducida a cenizas.

El secuestro de Helena había llenado de tristeza la corte espartana y había desatado la ira de los gemelos, que habían jurado rescatar a su hermana y vengarse de Teseo. Tras saber que el rey de Atenas era el responsable del rapto, los Dioscuros le habían pedido a su padre que les cediera el mando del legendario ejército lacedemonio para emprender la campaña de rescate y castigar a Teseo por su osadía. Tindáreo, que sabía que sus hijos se habían ganado el respeto de los soldados espartanos, no había dudado ni un instante en ponerlos al frente de las tropas. Convertidos en caudillos de hombres, los Dioscuros habían guiado al ejército hasta el Ática, y muy pronto sus habitantes serían testigos del arrojo de los espartanos y sufrirían en sus carnes las consecuencias de la imprudente conducta de su rey.

◇◇◇

Desde lo alto de la acrópolis de Atenas, cuando se desvanecía la neblina que en los días de calor cubría la planicie, podía verse el mar de tiendas y carros de combate que los lacedemonios habían desplegado para exhibir su poder. El es-

pectáculo era pavoroso, y los atenienses, intimidados ante la amenaza que suponía tener al ejército espartano acampado en el territorio del Ática, se preguntaban qué había impulsado a sus vecinos a poner en peligro la alianza que había permitido a los dos reinos disfrutar de largos años de paz y prosperidad.

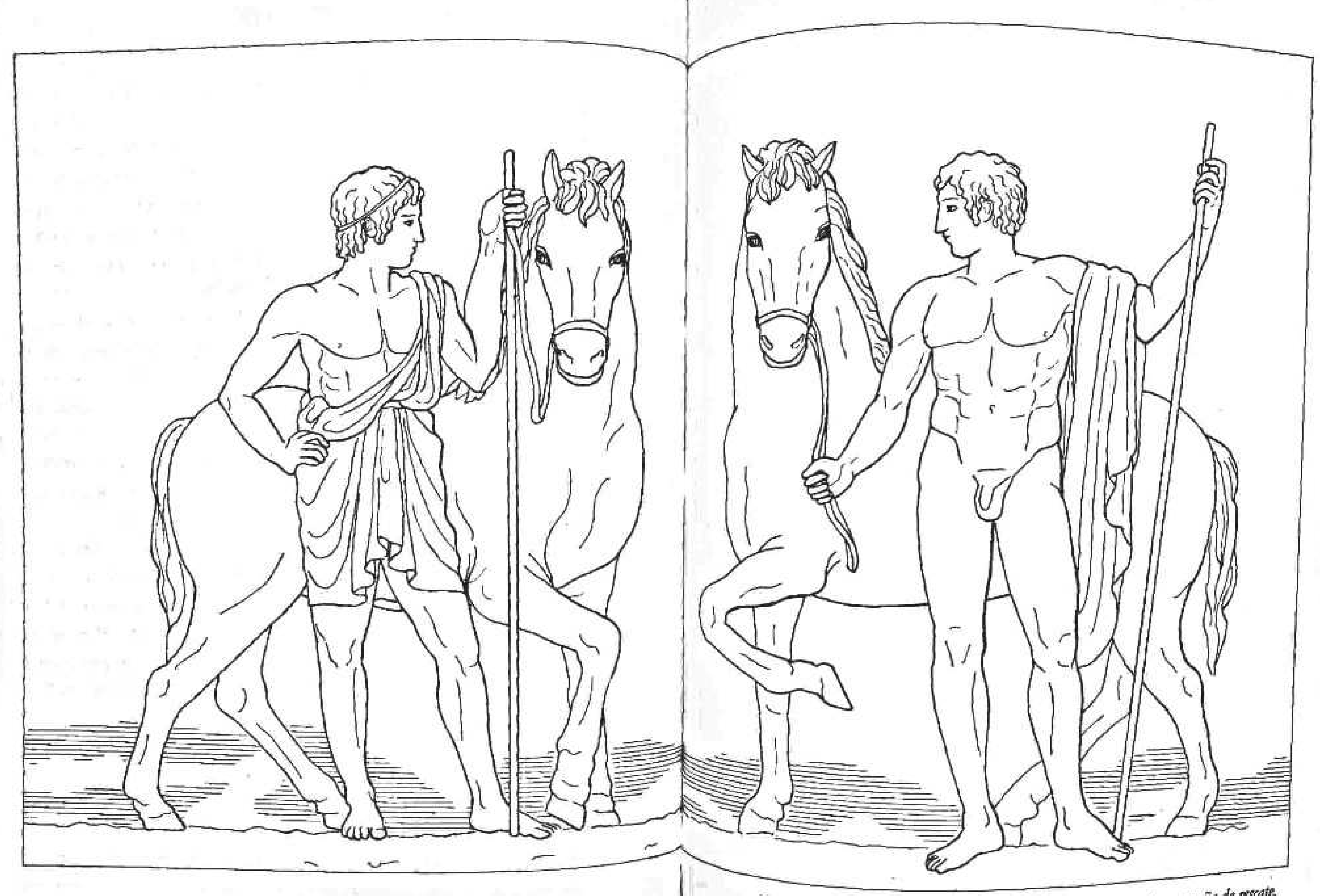
A fin de evitar la confrontación, los ciudadanos que gobernaban Atenas en ausencia de Teseo decidieron enviar a un heraldo al campamento lacedemonio para conocer las demandas de los espartanos.

—Son los hijos de Tindáreo, los Dioscuros, quienes están al frente del ejército que ha invadido el Ática —explicó el heraldo al regresar con la respuesta.

—¿Y qué es lo que quieren? ¿Por qué osan amenazarnos con su ejército? —preguntó uno de los nobles.

—Los nobles Cástor y Pólux están dispuestos a reunirse con vosotros para discutir sus exigencias —dijo respetuosamente el heraldo.

Al día siguiente, mientras el sol alcanzaba su cénit, las puertas de la ciudad se abrieron para franquearles el paso a los Dioscuros mientras los atenienses, intranquilos, abandonaban el ágora y se refugiaban en sus casas ante el resultado incierto del encuentro que estaba a punto de producirse. Acompañados por un destacamento de fieros soldados, los hijos de Tindáreo recorrieron a caballo las calles vacías de Atenas en medio de un silencio ensordecedor. Al llegar al pie de la acrópolis, los soldados se detuvieron y Cástor y Pólux, flanqueados por la delegación de nobles que había salido a recibirlos, entraron en el buleterión, el edificio desde el cual los representantes del poder ateniense dirigían los asuntos de la ciudad.



Al mando del ejército lacedemonio, los Dioscuros iniciaron la campaña de rescate.

—¡Más os vale que averigüéis dónde tiene Teseo escondida a nuestra hermana! —exigió Cástor—. ¡Pues a partir de ahora, y hasta que no demos con ella, el Ática conocerá la furia de nuestro ejército y los cuervos disfrutarán de un festín de carroña!

Y, dicho esto, los dos hermanos abandonaron la sala en actitud marcial y, escoltados por los soldados, salieron de la ciudad dispuestos a cumplir hasta las últimas consecuencias la terrible amenaza que acababan de hacer.

∞

Los hombres y las mujeres de las poblaciones que rodeaban Atenas huían despavoridos al ver acercarse la inmensa nube de polvo que delataba el implacable avance del ejército de Esparta. Cástor, a caballo, recorría la vanguardia y exhortaba a los soldados a no tener piedad, mientras Pólux, lanzado a la carrera, perseguía con su lanza a los indefensos aldeanos y dejaba a su paso un reguero de cadáveres cuya sangre encharcaba las llanuras del Ática y atraía la gula de los buitres. Las espadas espartanas seccionaban miembros, las afiladas astas atravesaban los indefensos pechos, y los quejidos de dolor de los moribundos se mezclaban con los gritos de los matadores, que aniquilaban a sangre y fuego todo lo que encontraban a su paso. Pese a su juventud, los Dioscuros se habían

la vecina isla de Eubea escoltados por los partidarios del rey. En la ciudad seguían sin tener noticias de Teseo, y la tensión entre las distintas facciones que pugnaban por hacerse con el poder se agudizaba y amenazaba con provocar una revuelta.

Aunque en las calles de Atenas Teseo gozaba todavía del favor popular, en el buleterión los nobles que pese a todo seguían apoyando al monarca ausente apenas encontraban argumentos que esgrimir en su defensa: Teseo no solo había puesto en peligro a Atenas al raptar a la hija de Tindáreo y ocultarla en algún lugar de la campiña ática, sino que además, sin prever la contundente reacción que la afrenta provocaría en Esparta, se había embarcado en otra de sus insensatas aventuras y ahora nadie sabía a ciencia cierta dónde se hallaba.

—¡Oh, nobles ciudadanos! Por culpa de nuestro propio rey, el Ática sufre la ira de los Dioscuros y Atenas está al borde del caos. Teseo no merece nuestra lealtad y sus reformas deben ser derogadas —decía Jenócrates.

—¡Pero las reformas de Teseo han unido bajo el estandarte de Atenas al resto de ciudades y pueblos del Ática, y nos han traído prosperidad! —argumentaba Acteón.

—Jenócrates tiene razón —replicaba Céfiro—. Los Dioscuros no se detendrán y su ejército arrasará Atenas. Ha llegado el momento de despojar a Teseo de la corona que

—¡Más os vale que averigüéis dónde tiene Teseo escondida a nuestra hermana! —exigió Cástor—. ¡Pues a partir de ahora, y hasta que no demos con ella, el Ática conocerá la furia de nuestro ejército y los cuervos disfrutarán de un festín de carroña!

Y, dicho esto, los dos hermanos abandonaron la sala en actitud marcial y, escoltados por los soldados, salieron de la ciudad dispuestos a cumplir hasta las últimas consecuencias la terrible amenaza que acababan de hacer.

ᐅᐅᐅ

Los hombres y las mujeres de las poblaciones que rodeaban Atenas huían despavoridos al ver acercarse la inmensa nube de polvo que delataba el implacable avance del ejército de Esparta. Cástor, a caballo, recorría la vanguardia y exhortaba a los soldados a no tener piedad, mientras Pólux, lanzado a la carrera, perseguía con su lanza a los indefensos aldeanos y dejaba a su paso un reguero de cadáveres cuya sangre encharcaba las llanuras del Ática y atraía la gula de los buitres. Las espadas espartanas seccionaban miembros, las afiladas astas atravesaban los indefensos pechos, y los quejidos de dolor de los moribundos se mezclaban con los gritos de los matadores, que aniquilaban a sangre y fuego todo lo que encontraban a su paso. Pese a su juventud, los Dioscuros se habían convertido en unos guerreros temibles, y, enardecida por su ejemplo, la soldadesca daba rienda suelta a su brutalidad y sembraba el terror entre las poblaciones del Ática.

En la ciudad de Atenas se sucedían las noticias sobre el espectáculo de muerte y devastación que asolaba los demos atenienses. La situación política era tan crítica que los propios hijos del rey, Demofonte y Acamante, habían huido a

la vecina isla de Eubea escoltados por los partidarios del rey. En la ciudad seguían sin tener noticias de Teseo, y la tensión entre las distintas facciones que pugnaban por hacerse con el poder se agudizaba y amenazaba con provocar una revuelta.

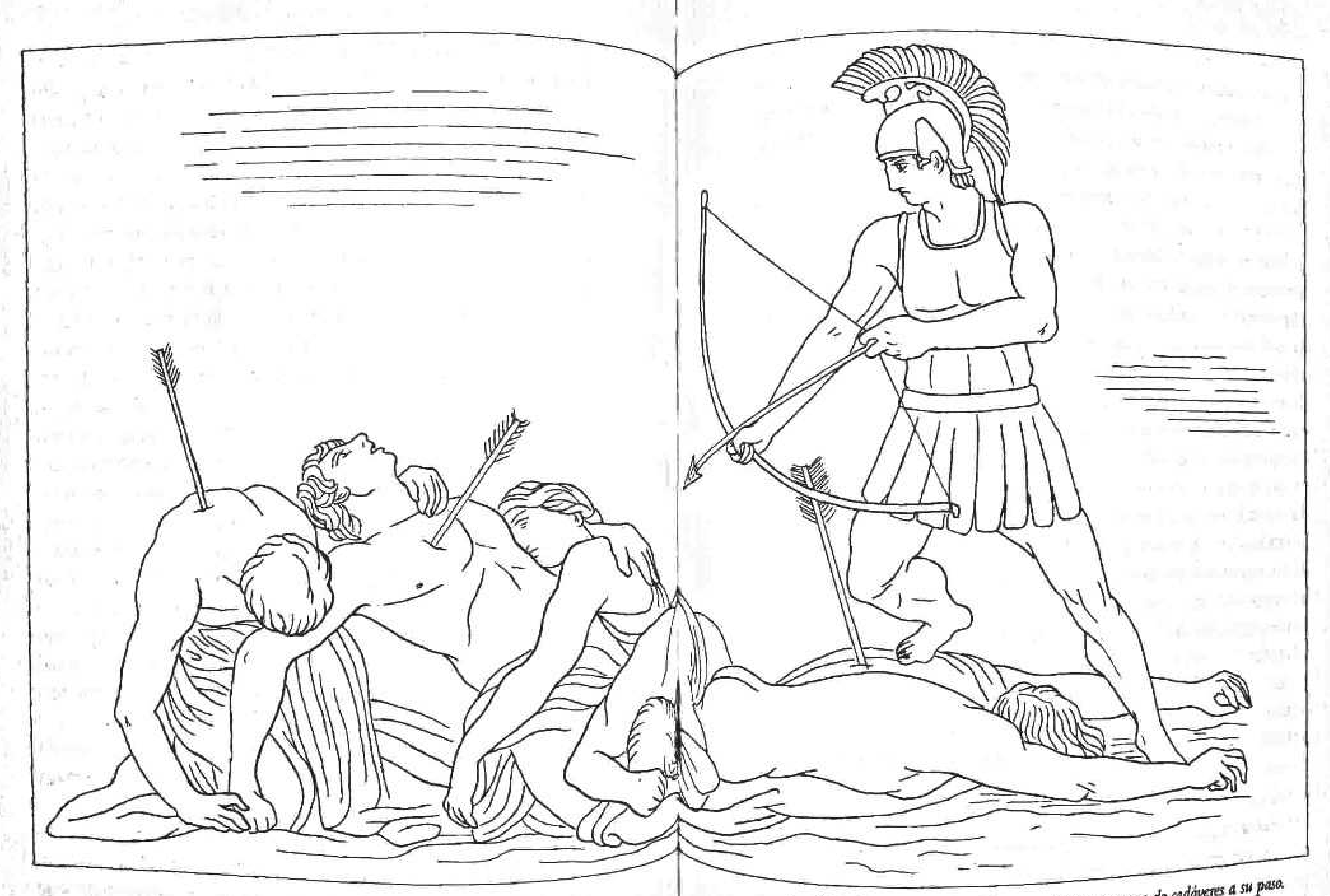
Aunque en las calles de Atenas Teseo gozaba todavía del favor popular, en el buleterión los nobles que pese a todo seguían apoyando al monarca ausente apenas encontraban argumentos que esgrimir en su defensa: Teseo no solo había puesto en peligro a Atenas al raptar a la hija de Tindáreo y ocultarla en algún lugar de la campiña ática, sino que además, sin prever la contundente reacción que la afrenta provocaría en Esparta, se había embarcado en otra de sus insensatas aventuras y ahora nadie sabía a ciencia cierta dónde se hallaba.

—¡Oh, nobles ciudadanos! Por culpa de nuestro propio rey, el Ática sufre la ira de los Dioscuros y Atenas está al borde del caos. Teseo no merece nuestra lealtad y sus reformas deben ser derogadas —decía Jenócrates.

—¡Pero las reformas de Teseo han unido bajo el estandarte de Atenas al resto de ciudades y pueblos del Ática, y nos han traído prosperidad! —argumentaba Acteón.

—Jenócrates tiene razón —replicaba Céfiro—. Los Dioscuros no se detendrán y su ejército arrasará Atenas. Ha llegado el momento de despojar a Teseo de la corona que ciñe, pues no se ha hecho merecedor de ella.

—Tus palabras son precipitadas e imprudentes —objetaba Acteón, un viejo jefe militar que había servido a las órdenes de Egeo y que seguía siendo fiel a Teseo—. A Teseo, el reino le pertenece por linaje, pero también por méritos propios. Puede que sus reformas hayan aligerado el peso de tus bolsillos y frustrado tus ansias de poder, noble Céfiro, pero han



La furia del ejército de los Dioscuros dejó un reguero de cadáveres a su paso.

traído prosperidad al reino, que ahora está unido bajo un mismo estandarte.

—¡Teseo ha preferido embarcarse en una de sus aventuras en vez de proteger la ciudad! ¡Siempre se ha sentido como un extranjero en Atenas!

—¡Su imprudencia provocó la muerte de su padre!

—¡Su falta de juicio nos condenará a todos!

Mientras los nobles debatían acaloradamente acerca de las virtudes y los defectos de Teseo como gobernante, el caos seguía apoderándose de las calles de Atenas ante el temor de que el ejército lacedemonio sometiese a la ciudad a un largo asedio. Todo el mundo se preguntaba por el paradero del rey, de quien nadie tenía noticias. ¿Adónde lo habría llevado esta vez su ánima vagabunda y su insaciable sed de aventuras?

∞

Academo, un arcadio que en otro tiempo había frecuentado la amistad de Teseo y que residía en una población cercana a Atenas, pidió que ensillaran su caballo y se encaminó hacia el lugar donde los lacedemonios tenían su campamento. Las noticias acerca de los estragos que el ejército espartano infligía a las poblaciones del Ática se habían extendido por todo el territorio, y Academo, consciente de que los Dioscuros no detendrían su furia hasta que sus demandas fueran satisfechas, había decidido reunirse con ellos para intentar poner fin a la carnicería.

Cástor y Pólux accedieron a concederle una audiencia, y, mientras era conducido a su presencia por los soldados, Academo reparó en que apenas había heridos entre las filas espartanas. Las azadas de los campesinos del Ática nada podían

contra las afiladas lanzas y las temibles espadas lacedemonias, y, cuando el ejército ateniense llegaba en su auxilio, lo único que encontraba eran cadáveres y pueblos enteros reducidos a escombros.

—Nobles tindáridas, vengo a proporcionaros la información que buscáis con la esperanza de que pongáis fin a esta guerra cruel —empezó Academo.

Al instante los Dioscuros intercambiaron una mirada llena de esperanza.

—¿Sabes dónde se encuentra nuestra hermana? —exclamó Pólux.

—¡Habla, o esparciré tus entrañas y se las daré de comer a los perros! —añadió Cástor, desenvainando su espada y amenazando con ella a Academo.

—Vuestra hermana se encuentra en Afidna, al cuidado de la madre de Teseo —dijo Academo—. Somos pocos los que conocemos su paradero.

—¿Cómo sabemos que no es una trampa y que no pretendes tendernos una emboscada? —dijo Cástor, con suspicacia.

—Porque es mi vida la que está en vuestras manos, nobles tindáridas, y no tengo ninguna prisa por viajar al reino de Hades. Creedme, Helena está en Afidna, custodiada por unos pocos soldados.

Cástor le mostró a Academo uno de los mapas que traían consigo y le pidió que le mostrara dónde se hallaba Afidna. Tras unos simples cálculos, dedujeron que aquella ciudad se encontraba a apenas un día de camino del campamento espartano.

—Serás nuestro rehén hasta que comprobemos la veracidad de tus palabras —resolvió Pólux—. Pero si descubrimos que nos has engañado y los atenienses tienen alguna treta en

mente, padecerás una larga y dolorosa agonía antes ir a de reunirte con Hades en el inframundo.

Sin pérdida de tiempo, los Dioscuros ordenaron a un soldado que destacaba por su astucia que se disfrazase de pastor y viajara a Afidna a fin de corroborar la información que les había proporcionado Academo. A continuación, comunicaron a sus hombres que partirían al alba. Ellos dos viajarían a caballo, acompañados por un pequeño destacamento, mientras que el grueso del ejército los seguiría a pie y llegaría a tiempo de protegerlos en caso de que los atenienses les hubieran tendido una trampa.

Aquella noche, Cástor y Pólux apenas lograron conciliar el sueño. ¿Era cierto que Helena estaba viva? Y, si así era, ¿cómo la había tratado Teseo durante ese largo año de cautiverio? ¿Había respetado su condición de doncella? Ansiosos por reunirse con su hermana y obtener respuestas a las preguntas que llevaban tanto tiempo haciéndose, los Dioscuros mataron las horas vagando entre las tiendas, afilando sus espadas y sus lanzas y pidiéndole a la aurora que se apresurara a retirar con sus dedos las tinieblas de la noche para poder partir.

ooo

Escoltados por medio centenar de soldados a caballo, Cástor y Pólux abandonaron el campamento al amanecer. Hacia el mediodía, el espía que previamente habían enviado a Afidna se reencontró con el destacamento liderado por los tindáridas, que ya casi había llegado a su destino.

—Hay una joven extranjera que se aloja en la casa de la madre de Teseo —dijo el soldado, que había logrado mezclarse con los habitantes de la ciudad sin ser descubierto—.

Nadie conoce su nombre, pero todos coinciden en que se trata de una muchacha extraordinariamente hermosa cuya belleza rivaliza con la de la mismísima Afrodita.

—Hermano, ¡Helena está viva! —exclamó Pólux con el corazón palpitante de emoción.

—Antes de que acabe el día, pondremos fin a su cautiverio —añadió Cástor, espoleando a su caballo y obligando al resto de los jinetes a acelerar la marcha.

Las luces del crepúsculo habían empezado a teñir de añil el horizonte cuando los habitantes de Afidna vieron acercarse desde el sur a un destacamento de jinetes que cabalgaba al galope. Etra, que desde hacía varios días temía que los hermanos de Helena terminasen descubriendo su paradero, comprendió que se trataba de los Dioscuros y, con buen tino, juzgó que era absurdo intentar oponer resistencia a la furia de los espartanos con el reducido grupo que Teseo había puesto a su disposición. Tras ordenar a los soldados que abrieran las puertas de la ciudad y condujeran a los Dioscuros a su presencia con las espadas envainadas, Etra se apresuró a ir en busca de Helena.

—Tus hermanos han venido a buscarte. Prepárate, muchacha, porque hoy partirás con ellos —dijo.

El rostro de Helena se iluminó al oír la noticia, y, con lágrimas de felicidad, se apresuró a acercarse a la ventana para otear el horizonte.

—Mi suerte, y la de los habitantes de Afidna, está ahora en manos de los Dioscuros —musitó Etra—. Humildemente te ruego, noble Helena, que intercedas por nosotros ante los jóvenes tindáridas y apeles a su compasión, pues es injusto que, por culpa de los actos de mi hijo, las gentes de este lugar tengan que sufrir la comprensible cólera de tus hermanos.

Conmovida, Helena abrazó a Etra y le prometió que intentaría convencer a los Dioscuros para que se mostrasen clementes.

◦◦◦

Cuando los exploradores reportaron que la ciudad estaba desguarnecida y las puertas abiertas de par en par, Cástor y Pólux cruzaron una mirada de suspicacia. Al frente de sus cincuenta hombres, se hallaban ocultos en el bosque, todos pie a tierra, y escudriñaban desde la espesura las teas que ardían en lo alto de la empalizada y en todos los accesos. Si, como habían estado temiendo, se trataba de una trampa, llegaba el momento de la verdad.

Desenvainando las espadas, ordenaron de avanzar con los escudos en alto, disgregados para no exponerse en conjunto a los proyectiles defensores. Lentamente, se abrieron paso entre la hierba alta, relumbrando la luna en el bronce. Ya llegaban al límite de la noche, donde las antorchas hollaban la oscuridad con su luz. Lo atravesaron con sus miradas torvas fijas en la puerta abierta y en lo alto de los parapetos. Fue entonces, súbitamente, como esperaban, cuando vieron que había movimiento en la entrada. El destacamento se detuvo, espada en mano, dispuesto para el asalto, a la espera de las órdenes de sus jefes. Sin embargo, los hermanos aguardaron, contemplando el amplio vano vacío. Por allí apareció un sacerdote de aspecto inofensivo con una antorcha en la mano. No se sorprendió al verlos, sino que había salido a buscarlos. Alejándose del acceso, se mantuvo a cierta distancia de ellos, no del todo sosegado, para decirles:

—Bienvenidos seáis, hijos de Zeus. La noble señora Etra de Afidna os espera en su casa y está dispuesta a entregaros

a Helena. Quiere evitar vuestra ira y que corra la sangre, sea ateniense o espartana.

Vieron Cástor y Pólux, mirando hacia adentro, que las calles estaban desiertas y el paso expedito.

El sacerdote los escoltó por callejuelas angostas. Bien se daban cuenta los espartanos de que los ciudadanos de Afidna los espiaban, aterrorizados, desde detrás de las puertas de sus casas, que a veces se cerraban a su paso y se atrancaban con sonoros golpes de madera. A la entrada, la mansión de Etra tenía un gran patio. Cuando los espartanos llegaron a la puerta, se detuvieron, pues vieron que adentro aguardaba la fuerza ateniense que Teseo había dejado en defensa de su madre. Sin embargo, los soldados formaban con las espadas envainadas, desprovistos de lanzas y escudos, simplemente como una guardia de honor.

En lo alto de una escalinata, bajo el pórtico de la casa, aguardaba la señora Etra con Helena a su lado. El corazón de los hermanos se aceleró al verla, al tiempo que ella no podía contener las lágrimas de alegría. Agarrándola con delicadeza del brazo, la madre de Teseo descendió los escalones y, pasando entre las dos filas de la guardia ateniense, llegó hasta la puerta. Allí dejó libre a Helena para que continuara el breve camino que restaba para llegar a sus hermanos.

Olvidados de todo peligro, Cástor y Pólux se abalanzaron corriendo hacia ella, de modo que los tres hermanos se abrazaron allí mismo, embargados por la emoción, y se besaron mientras las lágrimas bañaban sus mejillas. Había pasado más de un año y las preguntas se agolpaban en sus labios. ¿Cómo se había comportado Teseo? ¿Qué trato había recibido? A juzgar por las ropas que llevaba y por su saludable aspecto, no cabía duda de que había sido tratada como una invitada

y no como una esclava o una vulgar criada. Sin embargo, una duda mortificaba a los Dioscuros, que no se atrevían a preguntarle a su hermana si Teseo había yacido con ella o si, por el contrario, había respetado su virginidad. Helena, adivinando la preocupación que ensombrecía la alegría del reencuentro, se apresuró a tranquilizarlos.

—Tras huir de Esparta, Teseo me dejó aquí, en casa de su madre, con la intención de desposarse conmigo en cuanto alcanzara la edad núbil. Su comportamiento jamás fue deshonroso conmigo —dijo sin poder evitar ruborizarse.

Y como temía que el natural anhelo de venganza de sus hermanos alcanzase a Etra, añadió:

—Etra siempre ha sido bondadosa conmigo y me ha tratado con gentileza. Os suplico que le perdonéis la vida, así como también que seáis clementes con las gentes de este lugar, que no merecen ser castigadas por culpa de Teseo.

Sorprendidos por tales palabras, los Dioscuros endurecieron la mirada y recuperaron la actitud marcial.

—No podemos atender tu ruego, queridísima hermana, pues el agravio cometido por Teseo contra la casa de Tindáreo no debe quedar sin castigo —replicó Cástor.

Pólux alzó la espada en dirección al pecho de Etra con actitud amenazadora, exclamando:

—Etra y los habitantes de Afidna pagarán con su vida el crimen cometido por Teseo.

Una súbita agitación recorrió las filas atenienses, cuyos soldados echaron mano a sus armas. Del mismo modo hicieron sonar el metal los espartanos. Pero entonces Helena bajó suavemente la espada de su hermano y, volviendo al lado de Etra en actitud protectora, habló con su tono de voz más dulce.

—Nadie puede censurar vuestra ira, hermanos, pues el rey de Atenas bien merece la cólera de los hijos de Esparta. Pero si os mostráis clementes con la bondadosa Etra y con las gentes de este lugar, que han hecho que mi cautiverio sea más llevadero, vuestra compasión hablará de vuestra grandeza y acrecentará vuestra fama. Si les perdonáis la vida, vuestra magnanimidad os hará aún más poderosos, porque los hombres temen a los caudillos crueles, pero respetan y siguen a los justos. No dejéis que la sed de venganza nuble vuestro juicio, queridísimos hermanos, pues el agravio cometido por Teseo no lo repararéis vertiendo la sangre de unos inocentes que han hecho honor a las leyes de la hospitalidad y me han tratado con gentileza.

Las elocuentes palabras de Helena se abrieron paso en el corazón de los Dioscuros, que, poco a poco, conmovidos por la compasiva actitud de su hermana, se dejaron convencer. Sin embargo, pusieron una condición:

—Etra vendrá con nosotros a Esparta y se convertirá en una de tus esclavas —resolvió Cástor.

—Así será entonces —musitó Helena.

Etra, entre sollozos, se apresuró a besar las manos de Helena.

—Los dioses sabrán recompensar tu generosidad y la de tus nobles hermanos —dijo.

Helena se prometió a sí misma que le dispensaría a la anciana el mismo trato bondadoso que siempre había recibido de ella.

∞

Antes de emprender el viaje hacia tierras espartanas, Cástor y Pólux regresaron a Atenas acompañados del grueso de su ejército. Durante el viaje, los dos hermanos habían estado debatiendo sobre cómo castigar a Teseo, y, aunque al principio su

intención era arrasar la ciudad y aniquilar a sus habitantes, la ausencia de Teseo y el escaso apoyo con el que contaba entre los nobles los habían llevado a concebir un nuevo plan. Aunque no querían renunciar a la venganza, estaban dispuestos a mostrarse magnánimos y perdonarles la vida a los atenienses, que no eran culpables del crimen cometido por su rey.

—El pueblo de Atenas no merece ser castigado por las locuras de su rey, pero Teseo debe pagar por su afrenta. Le arrebataremos la corona y pondremos en el trono a Menesteo, uno de sus enemigos —le explicó Cástor a Helena—. Sin esposa, sin reino y con su propia madre convertida en esclava, el gran héroe Teseo terminará sus días vagando por las tierras del Ática, humillado y maldiciendo el momento en el que decidió raptar a Helena y desafiar a los espartanos.

De regreso a Atenas, los Dioscuros exigieron reunirse de nuevo con los representantes de los atenienses y les expusieron sus condiciones. Al oír la proposición de los espartanos, un murmullo de asombro recorrió las gradas en las que se sentaban los nobles.

Euríbates tomó la palabra.

—Lo que pedís, nobles tindáridas, es imposible. Años atrás, nuestro fallecido rey Egeo condenó a Péteo, el padre del hombre que queréis que ocupe el trono de Atenas, al exilio, acusado de traición —dijo con vehemencia.

—Sin embargo, Menesteo es descendiente de Erecteo, uno de los reyes míticos de Atenas, lo que lo legitima para gobernar —argumentó Céfiro.

—Recordad que Atenas está sin rey —añadió Jenócrates—. ¿Hasta cuándo esperaremos el regreso de Teseo? ¿Hasta cuándo deberán sufrir los atenienses su imprudente conducta?

Ante la falta de noticias, el rumor de que Teseo había muerto había empezado a propagarse por Atenas y daba pábulo a todo tipo de especulaciones.

—Si poner en el trono a Menesteo es el precio que tenemos que pagar para preservar Atenas, creo que deberíamos pagarlo gustosos —dijo Céfiro, que sabía que contaba con el apoyo de algunos aristócratas ancianos que todavía le guardaban rencor al difunto Egeo.

En el buleterión, la discusión se alargó durante varios días mientras Cástor y Pólux esperaban impacientes la decisión de los nobles. Finalmente, amedrentados por la amenaza que suponía tener al ejército espartano apostado a las mismas puertas de Atenas y ante el temor de que los Dioscuros decidieran atacar la ciudad, los nobles accedieron a enviar a un embajador a parlamentar con Menesteo.

—Si Menesteo acepta, el trono de Atenas será suyo —les dijo Jenócrates a los Dioscuros.

Cástor y Pólux, deseosos de poner fin a los días de violencia, recibieron con alegría la noticia e informaron a Jenócrates de que permanecerían acampados junto al ejército hasta que Menesteo regresase de su exilio.

∞

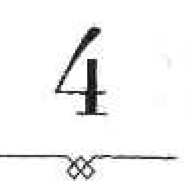
Unos días más tarde, en el mismo lugar de la asamblea desde el cual años atrás Teseo se había dirigido a los nobles tras la trágica muerte de su padre Egeo, el recién coronado Menesteo tomó la palabra.

—Ilustres atenienses, permitidme que agradezca a los nobles tindáridas, aquí presentes, la generosidad de la que han hecho gala al permitir que Atenas siga todavía en pie y pueda

soñar con una nueva era de paz y prosperidad, recuperando los antiguos valores que Teseo destruyó con sus reformas. El infame Teseo raptó a la espartana Helena y ocultó su crimen, y los Dioscuros tuvieron sobradas razones para dar rienda suelta a su ira y castigar a los habitantes del Ática por la ofensa cometida por su imprudente rey. Sin embargo, tras recuperar a su hermana, los nobles Cástor y Pólux han optado por ser clementes y han decidido perdonar a Atenas y proporcionarle un nuevo monarca. En nombre de esta ciudad, os damos las gracias y os deseamos, nobilísimos tindáridas, que los dioses os procuren una vida larga y venturosa, y que la fama de vuestra magnanimidad se extienda por toda la Hélade, pareja con la de vuestra valentía.

Los Dioscuros agradecieron las palabras de Menesteo ante la asamblea y, satisfechos, abandonaron el buleterión en actitud marcial. Tras descender de la acrópolis, se reunieron con el destacamento de lacedemonios que les había servido de escolta y les ordenaron partir.

Bajo el ardiente sol del mediodía, los soldados espartanos desfilaron por las calles de Atenas ante la mirada atemorizada de sus ciudadanos. Vencida y maltrecha, la ciudad despedía en silencio a sus conquistadores y afrontaba el futuro bajo el reinado de un nuevo monarca impuesto por los Dioscuros. En la ciudad, el orden había sido provisionalmente restaurado, pero, después de la guerra, el Ática se enfrentaba a la ardua tarea de reconstruirse a sí misma tras la devastación que, por culpa de Teseo, había sufrido a manos de los orgullosos lacedemonios.



Las hijas de Leucipo

Mientras el sol descendía por el horizonte y teñía las formas caprichosas de las nubes con los tonos ocres propios de los atardeceres de verano, el príncipe Leucipo apuraba el vino de su copa y reposaba echado en un confortable diván tras haber devorado con avidez el pan de cebada, las aceitunas, el queso de cabra y los higos que le llevaron de la cocina. Había salido de su hacienda al despuntar el alba para participar junto a sus hombres en una cacería, y la larga cabalgata por los bosques y los sinuosos prados de Mesenia le había abierto el apetito y lo había puesto de buen humor. Aunque ya no era un hombre joven y, con los años, sus miembros habían perdido la fuerza y la flexibilidad que poseían antaño, todavía podía montar a caballo y pasar el día junto a sus camaradas, galopando bajo las nubes, rastreando a los astutos jabalíes entre la espesura y atravesándolos con su lanza. ¡Qué lástima no haber tenido un hijo varón con el que compartir su pasión por la caza!,

se lamentaba a veces, si bien enseguida se arrepentía de tener aquellos pensamientos al recordar lo afortunado que era. Su reino gozaba de paz y prosperidad, y Filódice, su esposa, le había dado tres hijas maravillosas —Arsínoe, Febe e Hilaíra— a las que amaba por encima de todo y a las que no cambiaría por nada del mundo, ni siquiera por ese hijo varón que los ingratos dioses se habían negado a darle.

—Llena mi copa de vino, muchacho —ordenó Leucipo a uno de los sirvientes—. ¡Aún estoy sediento!

Tras la larga jornada a caballo, Leucipo estaba agotado. Tenía los hombros doloridos, el cuello rígido y los pies hinchados, pero se sentía feliz y una sonrisa de satisfacción iluminaba su cara. Aún le quedaban varios inviernos antes de que los achaques de la vejez le impidieran participar en esas expediciones con las que tanto disfrutaba, y, además, desde que había resuelto la cuestión del matrimonio de Febe e Hilaíra, se había quitado de encima la preocupación de encontrar unos maridos adecuados para sus hijas, que ya habían alcanzado la edad núbil. Arsínoe, la mayor, se había casado con Arsipo y ahora, gracias al matrimonio que había concertado con los hijos de su hermano Afareo, el rey de Mesenia, tampoco tenía que inquietarse por el futuro de las dos pequeñas. Sus sobrinos, Idas y Linceo, no solo eran unos pretendientes adecuados al noble linaje de su familia, que descendía del mismísimo Éolo, sino que, además, el matrimonio les aseguraría a Febe e Hilaíra una buena posición en Itome, donde residía la familia real mesenia.

—No hagáis ruido —susurró Filódice al entrar en la sala donde estaba descansando su esposo y descubrirlo dormido.

Febe se acercó a su padre, le recolocó el cojín sobre el que apoyaba la cabeza y lo besó en la frente. Por su parte, Hilaíra

lo cubrió con una manta para evitar que cogiera frío y le acarició los blancos cabellos.

—Vuestro padre ha tenido un día muy largo —dijo Filódice con una sonrisa al advertir que apenas quedaban unas migas de pan en la bandeja que había sobre la mesa—. Será mejor que lo dejemos descansar.

∞∞

Aunque no tenían motivos para recelar del ventajoso matrimonio que su padre había concertado para ellas con sus primos, Febe e Hilaíra habían acogido con cierto nerviosismo la noticia de que en breve se desposarían con los afáridas, como eran conocidos los gemelos Idas y Linceo. Las hijas de Leucipo confiaban en el buen juicio de su progenitor y sabían que este había meditado bien su decisión antes de apalabrar el matrimonio con la casa de su hermano, pero les disgustaba tener que abandonar tan pronto a su familia para trasladarse a vivir a Itome. Además, Febe e Hilaíra llevaban mucho tiempo sin ver a sus primos, a quienes habían tratado de niños, y se morían de curiosidad por saber qué aspecto tendrían al cabo de tantos años. ¿Sería verdad que aquellos chiquillos traviesos y ruidosos que les escondían los juguetes y les tiraban de las trenzas se habían transformado en unos muchachos valientes y apuestos que destacaban por su valor y nobleza, o los elogios con los que su padre los describía solo pretendían tranquilizarlas para ganarse su favor?

—Idas y Linceo serán unos excelentes maridos —les decía su madre Filódice cuando las jóvenes expresaban sus inquietudes en voz alta—. Vuestro tío es un gran hombre, y, vuestra tía, una mujer muy cabal. Estoy segura de que han



Febe e Hilaíra acogieron con nerviosismo la noticia de sus nupcias con los afáridas.

educado bien a esos muchachos, cuya fama ha empezado a extenderse ya por toda Grecia.

—De niños, siempre nos hacían rabiar —recordaba Hilaíra, que solía ser objeto de las bromas de Idas y a menudo terminaba llorando cuando este se burlaba de sus pecas.

—¿Y si no les gustamos? ¿Y si piensan que no somos tan bonitas como las otras jóvenes de la corte? —añadía Febe, que era un par de años más joven que Hilaíra y algo más tímida.

—Sois dulces y listas, y ambas os habéis convertido en unas muchachas muy hermosas —les aseguraba Filódice sonriendo—. Estoy convencida de que, cuando os vean, vuestros primos se alegrarán de tomaros como esposas.

Aunque, de niñas, Febe e Hilaíra tiraban a delgaduchas y sus andares eran algo desgarbados, al alcanzar la edad núbil sus formas se habían redondeado y sus movimientos habían adquirido de golpe la gracia de la que carecían cuando eran unas chiquillas. Ambas poseían una melena ondulada y rubia, si bien, al sol, los cabellos de Hilaíra adquirían un tono levemente más rojizo que los de su hermana. Febe, la menor, había heredado los ojos claros de su padre, de un gris azulado que recordaba las melancólicas mañanas de invierno, mientras que Hilaíra, que era un poco más alta y corpulenta que su hermana, poseía la mirada de color avellana de su madre Filódice. Sus temores en relación con la impresión que les producirían a sus primos cuando viajaran a Itome para contraer matrimonio con ellos eran infundados, pues ambas se habían transformado en unas jóvenes muy hermosas y cualquier hombre se sentiría feliz de desposarlas.

En cuanto a Idas y Linceo, Leucipo no exageraba con los elogios que les dedicaba cuando respondía a las insistentes

preguntas de sus hijas. Al igual que sus primos, Cástor y Pólux, los afáridas también destacaban por su valentía y su gran fortaleza, especialmente Idas, de quien se contaba que, en realidad, no era hijo de Afareo, sino del inmortal Poseidón, el poderoso dios del mar. Linceo, por su parte, se había hecho famoso en todo el reino por poseer una vista prodigiosa que, según decían, le permitía ver con toda facilidad a través de los objetos y descubrir tesoros ocultos bajo la tierra. Ahora que las nupcias se habían concertado, también ellos estaban impacientes por reencontrarse con sus primas y comprobar si era cierto lo que contaban acerca del espectacular cambio que habían experimentado tras alcanzar la edad adulta.

ᴑᴑᴑ

Febe e Hilaíra recorrían las calles de la ciudad, camino del palacio, tras haber acudido a primera hora de la mañana al templo de Hera para ofrecer un sacrificio a la diosa que velaba por las uniones conyugales. Aunque todavía faltaban varios meses para que se celebrasen los esponsales, los preparativos habían comenzado y la jornada de las muchachas estaba llena de obligaciones. Al pasar por el mercado, se detuvieron a curiosear, y, mientras la sirvienta que las acompañaba compraba las verduras y las especias que Filódice le había encargado, Febe le propuso a Hilaíra que fueran al río a bañarse.

—Será divertido, hermana. La sirvienta puede regresar a palacio y dar aviso de que hemos ido al río —dijo Febe.

Hilaíra, que había heredado el sentido del deber de su madre, se opuso al plan de Febe arguyendo que todavía había muchos preparativos de los que debían ocuparse antes de la boda. Tenían que terminar de tejer y, además, le habían prometido a su

madre que ensayarían la danza que ejecutarían ante el templo de Apolo durante las festividades previas a su partida.

—Pero hoy hace demasiado calor para bailar o para trabajar con la rueca —insistió Febe.

A Hilaíra tampoco le apetecía tener que pasarse el día tejiendo y escuchando los interminables consejos de su madre, así que finalmente se dejó convencer por su hermana.

Durante un buen trecho del sendero que conducía hasta el río no había sombra, y, cuando finalmente llegaron al recodo al que solían ir a refrescarse, ambas tenían las mejillas enrojecidas y las túnicas empapadas de sudor. Acaloradas, Febe e Hilaíra se apresuraron a desnudarse y a meterse en el agua. Entre risas, las dos hermanas se zambulleron en el río como cuando eran niñas y se olvidaron de sus preocupaciones.

ᴑᴑᴑ

Cástor y Pólux llevaban varias horas cabalgando junto a la media docena de hombres que los habían acompañado a Pilos, una ciudad situada en la costa sudoeste del Peloponeso. Tindáreo había enviado a los Dioscuros en calidad de embajadores para reforzar los lazos de amistad con el rey Néstor, el hijo de Neleo, quien había fundado la ciudad tiempo atrás gracias a las tierras que le había cedido su pariente, el rey Afareo. Una vez cumplida la misión, la comitiva había abandonado el palacio para emprender el regreso a Esparta, y, al caer la noche, los viajeros habían improvisado un pequeño campamento cerca de Mesene, de donde habían partido nada más despuntar el alba. Tras varias horas recorriendo a caballo las llanuras de Mesenia bajo el tórrido sol de la canícula, Pólux le propuso a su hermano que hiciesen un alto en el camino.

—Los caballos y los hombres necesitan descansar. Y a nosotros también nos vendrá bien refrescarnos y comer algo.

Cástor estuvo de acuerdo y, tras guiar a los hombres hasta las cercanías de un bosque, la comitiva se detuvo. Hacía mucho calor y los Dioscuros querían disfrutar de la sombra que proporcionaban las centenarias hayas que bordeaban el sendero. Los hombres aprovecharon el receso para beber agua, sacar las viandas que llevaban en las alforjas y saciar su apetito. Se encontraban descansando cuando, de repente, uno de los caballos de Cástor se soltó y se internó en el bosque. El tindárida se apresuró a llamarlo con un silbido, pero en vez de regresar junto a su amo, el magnífico semental negro siguió adentrándose en la espesura, de modo que él y Pólux se levantaron de un salto y se internaron en el bosque con el propósito de capturarlo.

—¿Qué le ocurre a Janto? —exclamó Cástor, desconcertado.

Los Dioscuros no se dieron por vencidos y continuaron persiguiendo al caballo, que se detuvo a beber agua en la orilla del río. Cástor se acercó a él despacio y lo sujetó por las riendas, y entonces oyó algo más arriba, el tintineo cristalino de unas risas preñadas de luz, de alegría. A través del verde esmeralda, vio a Febe y a Hilaíra que se bañaban, radiantes, bellísimas, en el río, con sus finos ropajes concienzudamente doblados y a la espera de su vuelta encima de un peñasco que sobresalía del musgo en la orilla. Con el mismo paso de felino que le había permitido acercarse sin ser visto, Cástor regresó en busca de su hermano y, haciéndole enmudecer, le mostró el inesperado y excitante descubrimiento que acababa de hacer. Ambos se apostaron tras el tronco de un roble para espiar a las muchachas, que seguían riendo y jugando en el agua sin advertir que unos intrusos las observaban.

Al oír que Febe llamaba a Hilaíra por su nombre y que la otra le contestaba del mismo modo, los hermanos intercambiaron una mirada de asombro: se encontraban cerca de donde vivía su tío Leucipo, lo cual significaba que aquellas risueñas jóvenes debían de ser sus hijas, las leucípides, pues ni parecían mujeres del campo ni era probable que hubiera dos hermanas con los mismos nombres y edades que sus primas. Los Dioscuros permanecieron agazapados tras los arbustos, observando embelesados los cuerpos y el porte de las dos muchachas. Cuando finalmente Febe e Hilaíra salieron del agua, sin saberlo, mostraron a sus admiradores el esplendor de sus cuerpos jóvenes, puros, perfilados por curvas y volúmenes en movimiento, en los que palpitaba la vida y parecía que se concentraba la energía de la creación, luchando por estallar. Nunca habían visto los Dioscuros a unas muchachas tan seductoras, pues, aunque no dudaban en reconocer la belleza de Helena, tenían para ella únicamente ojos de hermanos y el recato siempre les había vedado la visión de su cuerpo. Ante ese espectáculo casi divino, sintieron que sus corazones se aceleraban y les agitaban la sangre con tal violencia que esta les recorría el cuerpo hasta el último rincón, saturándolos de un inesperado vigor, latigueándoles las sienes, haciéndoles arder el alma.

Sintiéndose falto de aire, Cástor cayó sobre sus posaderas, pero en ese preciso momento advirtió que Pólux, tan aturullado como él, se movía por la espesura, siempre oculto, como un depredador que acechara a sus presas. Llamándolo con un susurro, logró que el otro se volviera por un instante. Su hermano había empalidecido, un velo nublaba sus ojos. Sin prestar mayor atención a la llamada de su hermano, se giró de nuevo y continuó su camino, preparándose para la caza.

Por un instante, a Cástor le pasó por la mente el recuerdo de su hermana Helena, sin embargo, al mirar de nuevo hacia la ribera, donde las leucípides exponían su piel húmeda al sol con despreocupada soltura, sintió el impulso de acariciar aquella carne y probar su sabor, de hundir los dedos en aquellas melenas, de besar aquellos labios rubicundos que se adivinaban dulces como los frutos de un jardín cultivado para el solaz de criaturas inmortales. La dignidad de Helena, el honor de su familia, toda idea de justicia, de derecho, de ley, se desvanecieron en su ánimo como el hielo bajo la lluvia.

Ya Pólux salía de su escondite y corría hacia las muchachas, que todavía no habían advertido su presencia. Cástor sintió la llamada de la sangre, y, alzándose, corrió detrás de su hermano. La cacería había comenzado.

◇◇◇

En el palacio real de Itome, tras saber que los Dioscuros habían raptado a Febe y a Hilaíra y se las habían llevado consigo a Esparta, Idas y Linceo discutían de nuevo con su venerable padre, el rey Afareo, acerca del agravio del que habían sido objeto.

—¡Es inadmisible, padre! ¡Esta afrenta no puede quedar sin respuesta! —exclamó Idas—. Los Dioscuros se han burlado de nosotros. ¿Vas a consentir que te tomen por un rey débil?

—¡Y pensar que Cástor y Pólux son nuestros primos y que su padre es tu propio hermano! —añadió Linceo, disgustado.

Las casas de Leucipo, Tindáreo y Afareo estaban emparentadas, pues Gorgófone, la abuela paterna de los afáridas, era también la abuela de Cástor y Pólux. Gorgófone se había casado primero con Perieres, rey de Mesenia, y de su unión habían nacido Afareo, el padre de Idas y Linceo, y Leucipo,

el padre de Febe e Hilaíra. Posteriormente, tras enviudar, Gorgófone se desposó con Ébalo, el rey de Esparta, y dio a luz a Tindáreo, el padre de los Dioscuros. Así pues, Tindáreo y Afareo eran hermanos, de modo que los gemelos Cástor y Pólux eran primos de los gemelos Idas y Linceo.

—Hijos míos, no debemos precipitarnos en la decisión que vamos a tomar —dijo Afareo, en tono conciliador.

—Idas tiene razón —replicó Linceo—. Leucipo nos prometió a sus hijas y se pronunciaron juramentos solemnes. Febe e Hilaíra son nuestras prometidas, y los Dioscuros no pueden salirse con la suya rompiendo la alianza concertada. Cuando Teseo raptó a Helena, Cástor y Pólux se pusieron al frente del ejército espartano, arrasaron el Ática y destronaron a su rey. Su determinación les valió el respeto de toda la Hélade, pero ahora, henchidos de arrogancia, han cometido el mismo crimen del que fue víctima su hermana, sin importarles las consecuencias.

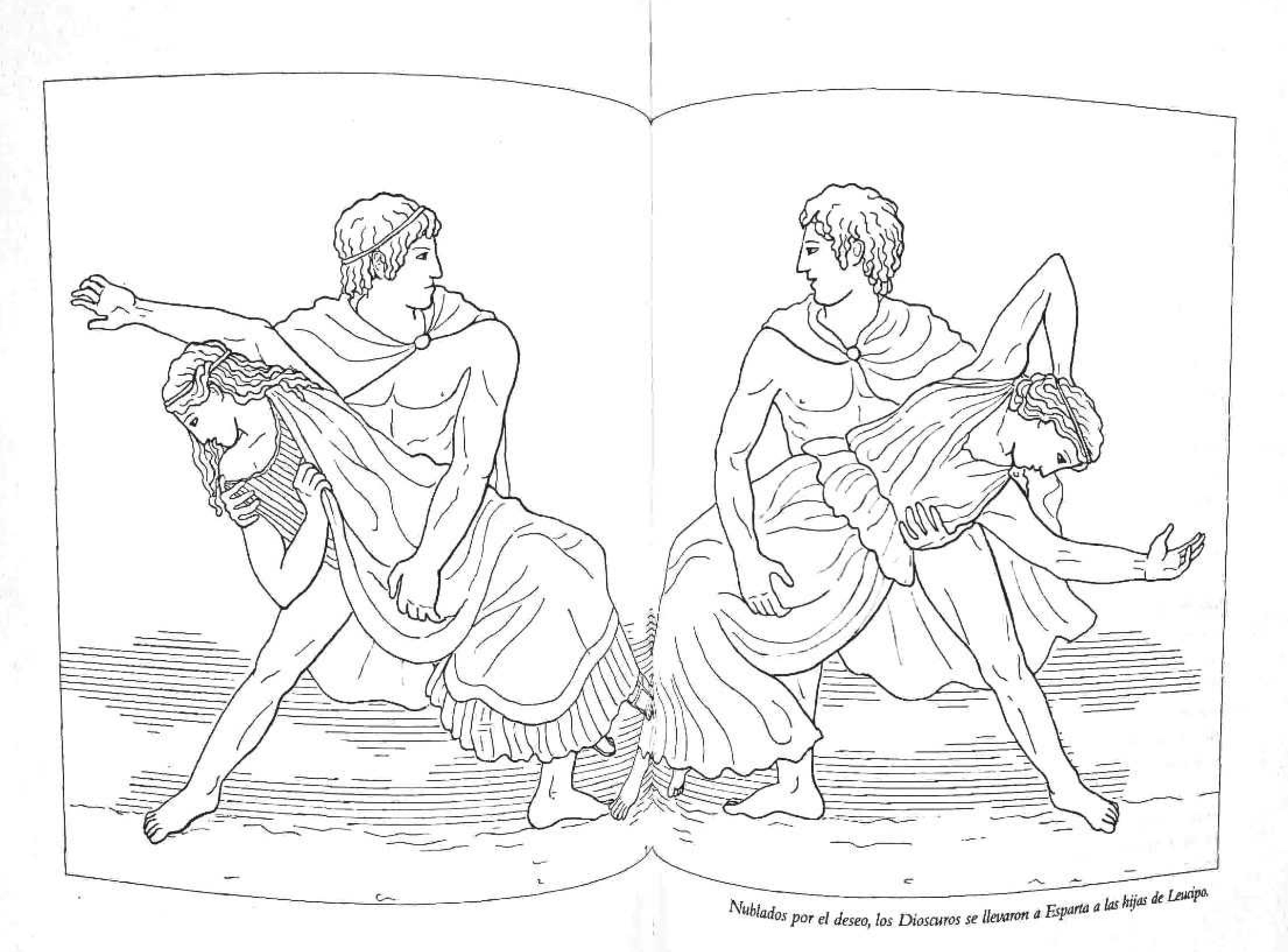
—El ejército de Esparta es uno de los más temibles de la Hélade, bien lo sabéis —observó Afareo con preocupación.

—¿Acaso esto justifica ahora que los hijos de Tindáreo se arroguen el derecho de raptar a las doncellas de otros reinos? —exclamó Linceo—. Propongo que reunamos a los hombres y marchemos sin tardanza sobre Esparta, pues es el honor de nuestra casa lo que está en juego, padre.

—Estoy de acuerdo contigo, hermano —añadió Idas.

—Tal vez antes de enarbolar los estandartes de guerra y dar voz a las espadas, deberíamos enviar un emisario a Esparta e intentar negociar con el rey Tindáreo. Me consta que es un hombre razonable —propuso Afareo con cautela.

Consciente de que Esparta era una ciudad extremadamente poderosa con la que no era prudente enemistarse, Afareo



Nublados por el deseo, los Dioscuros se llevaron a Esparta a las hijas de Leucipo.

intentaba evitar las indeseadas consecuencias de emprender una acción militar contra Tindáreo. Sus palabras estaban guiadas por la sabiduría de la experiencia; las de Idas y Linceo, por el ardor de la juventud. La discusión entre Afareo y sus hijos se prolongó durante toda la tarde, hasta que la llegada de un emisario enviado por Esparta interrumpió la conversación.

Afareo se sorprendió al ver que el embajador designado por Tindáreo era el rey Néstor de Pilos, a quienes sus hijos habían visitado recientemente. Los monarcas se saludaron y abrazaron, ambos eran viejos amigos y el aprecio que sentían el uno por el otro era sincero y se fundaba en la mutua admiración.

—Venerable Afareo, vengo en nombre de Tindáreo para hacerte una generosa oferta que confío aplacará tu cólera y la de tus hijos, los nobles afáridas —comenzó Néstor.

En Esparta, Tindáreo también estaba preocupado. Al enterarse del imprudente rapto cometido por los Dioscuros y temiendo que la afrenta desembocase en un enfrentamiento bélico entre las casas de Itome y Esparta, había decidido enviar a Mesenia al hombre más dialogante que conocía para intentar resolver de manera pacífica el conflicto que se avecinaba.

—Habla, pues, amigo Néstor. Mis hijos y yo estamos dispuestos a escuchar la propuesta que traes —dijo Afareo.

El noble Néstor, que además de ser un gobernante sabio era un elocuente orador, se acarició la barba y emprendió el discurso que había estado ensayando durante el viaje.

—Cástor y Pólux son jóvenes y su comportamiento ha sido imprudente. Sin embargo, Febe e Hilaíra se encuentran ahora en Esparta, y los Dioscuros han manifestado su deseo de casarse con ellas. Aunque las impulsivas acciones de los espartanos no tienen excusa, pues es sabido que las leucípides estaban prometidas a los nobles afáridas, Tindáreo está dispuesto a compensar espléndidamente a la casa de Itome por la ofensa cometida por sus hijos. Si te acercas a la ventana, noble Afareo, verás cuán generosa es la oferta de Tindáreo, que no desea que este incidente enturbie las relaciones entre vuestros dos reinos.

Afareo hizo lo que le pedía Néstor. Al pie de los muros del palacio, unos soldados custodiaban dos grandes cofres abiertos, llenos de monedas de oro, y doscientas cabezas de ganado.

—El oro supera en esplendor a todos los metales, y Tindáreo está dispuesto a ofrecerte un cofre lleno y cien cabezas de ganado por cada una de las muchachas —dijo Néstor. Y luego añadió—: Todos hemos sido jóvenes y hemos cometido alguna que otra locura, viejo amigo. ¿Vamos a dejar que los lazos de afecto y amistad que tradicionalmente han presidido la relación entre las nobles familias de Itome y Esparta se quiebren a causa del comportamiento insensato, aunque sin malicia, de unos muchachos cegados por Afrodita? Todavía no se ha producido ningún mal que no pueda remediarse, de modo que te ruego que aceptes la generosa oferta de Tindáreo y accedas a buscarles otras esposas a Idas y Linceo.

Afareo, pensativo, miró a sus hijos y suspiró. Las palabras de Néstor eran justas y elocuentes. Además, la oferta de Tindáreo era extremadamente generosa y daba testimonio de hasta qué punto el rey de Esparta estaba dispuesto a desprenderse de parte de sus riquezas para evitar la confrontación.

—Antes de tomar una decisión, quiero saber qué tienen que decir mis hijos al respecto, pues ellos han sido los principales agraviados en todo este desagradable asunto —dijo Afareo.

Idas y Linceo, que habían visto las dádivas que traía Néstor, también habían quedado impresionados por la espléndida

generosidad de Tindáreo. ¿Debían aceptar el oro y las reses que les ofrecían los espartanos o castigar con actos de guerra la vil afrenta cometida por sus primos? Tras intercambiar una mirada con Linceo, que parecía algo reacio a aceptar la solución propuesta por Néstor, Idas tomó la palabra.

—En aras de la paz, mi hermano y yo estamos dispuestos a aceptar la oferta de nuestro tío. Cástor y Pólux pueden quedarse con las leucípides, si en tanto las valoran.

Al oír las palabras de Idas, Afareo asintió y sonrió aliviado.

—Es una sabia decisión, nobles afáridas —afirmó Néstor.

Afareo pidió que trajeran vino para celebrar el acuerdo y le rogó a Néstor que se quedara a pasar la noche.

—Noble amigo, deja que sacrifique un buey y te agradezca tus oficios con un banquete. Bien merecida tienes mi gratitud.

Néstor aceptó gustoso la invitación de Afareo, que ordenó a los sirvientes que dispusieran lo necesario para la celebración. Mientras los dos reyes alegraban su ánimo con el vino y rememoraban anécdotas de su juventud, Idas se llevó a su hermano a un aparte y le dijo al oído:

—No podemos sino aceptar el ventajoso acuerdo que propone Tindáreo, porque sería de necios rechazar semejante fortuna. Pero no te inquietes, hermano: algún día, cuando llegue el momento oportuno, venceremos a los Dioscuros y su humillación será nuestra recompensa.

Linceo asintió, y, con una sonrisa, los afáridas entrechocaron las argénteas copas para sellar su pacto de venganza.

⋄⋄⋄

Habían transcurrido varios años desde que Cástor y Pólux raptaran a las leucípides y la felicidad presidía la tranquila vida de

los Dioscuros en el palacio real de Esparta. Pólux se había casado con Febe, que le había dado un hijo, Mnesilao, y Cástor se había desposado con Hilaíra y también tenía un hijo, Anogon. Leda y Tindáreo, padres y abuelos orgullosos, habían decidido compartir su dicha y celebrar un gran banquete familiar al que también habían invitado, entre otros, a sus sobrinos, Idas y Linceo. La música, las risas y las canciones acompañaban las humeantes carnes, las deliciosas frutas y el vino con aroma de flores procedente de las viñas que crecían en la falda occidental del Taigeto, y la alegría reinaba en el concurrido mégaron.

Sin embargo, aunque ante sus anfitriones disimulaban y se cuidaban de ocultarlo, Idas y Linceo nunca habían perdonado a los Dioscuros. Además, Febe e Hilaíra se habían convertido en unas exuberantes matronas tras la maternidad y se habían vuelto aún más hermosas, lo que había exacerbado el resentimiento de los afáridas y avivado el odio que sentían por sus primos. Cuando el banquete estaba a punto de terminar, Idas y Linceo, que no habían olvidado su pacto de venganza, decidieron aprovechar la ocasión que se les presentaba para retar a sus primos.

—La vida familiar os está volviendo blandos, primos —dijo Idas con una sonrisa que pretendía ser inocente—. ¿Dónde están esos jóvenes intrépidos que se enfrentaron a Atenas cuando Teseo raptó a Helena? ¿O los valientes navegantes que acompañaron a Jasón y a los argonautas en la búsqueda del vellocino de oro? Ya no veo a dos bravos guerreros en busca de fama, sino a dos nobles acomodados que viven entre mujeres y que han renunciado a la gloria y a empuñar el escudo y la lanza.

Las duras palabras de Idas pillaron a los Dioscuros y al resto de los invitados por sorpresa, y, de repente, un silencio se apoderó de la sala. Aunque nadie se atrevía a decirlo en voz alta,

todo el mundo comprendió que aquella provocación inesperada tenía sus raíces en el resentimiento que Idas y Linceo les guardaban a sus primos por haberles arrebatado a las leucípides.

—Será mejor que retires tus groseras palabras, primo, y que, en el futuro, midas lo que dices —lo reprendió Pólux—. Hoy estamos de celebración, te recuerdo que sois nuestros invitados.

—Mi hermano no pretendía ofenderte, noble Pólux —replicó Linceo—. Pero nos preguntábamos si estaríais dispuestos a dejar durante unos días la cómoda vida palaciega que lleváis para acompañarnos a Arcadia.

—¿Con qué propósito? —preguntó Cástor.

—Los pastores de Arcadia poseen grandes rebaños, y Linceo y yo pretendemos robarles algunas cabezas de ganado —dijo Idas—. A tal fin, os invitamos a que nos acompañéis en la expedición que vamos a emprender.

—Aunque tal vez vuestra vida de hazañas y aventuras ha terminado ahora que gozáis de una vida ociosa y confortable junto a vuestras bellas esposas —añadió Linceo sonriendo.

Cástor y Pólux comprendieron que los estaban desafiando ante todos sus invitados.

—Te equivocas, primo —dijo Cástor—. Y, para demostrártelo, mañana, al rayar el alba, partiremos con vosotros a Arcadia e iremos en busca de esas cabezas de ganado.

—Y, una vez más, seréis testigos de que en todo el Peloponeso no hay dos gemelos más fuertes y valientes que los Dioscuros —añadió Pólux, conteniendo apenas la ira.

Un mar de murmullos recorrió el mégaron y los semblantes de Leda y Tindáreo se ensombrecieron. El futuro, luminoso hasta hacía apenas unos instantes, se presentaba ahora incierto y plagado de zozobras.



Ardides fatales

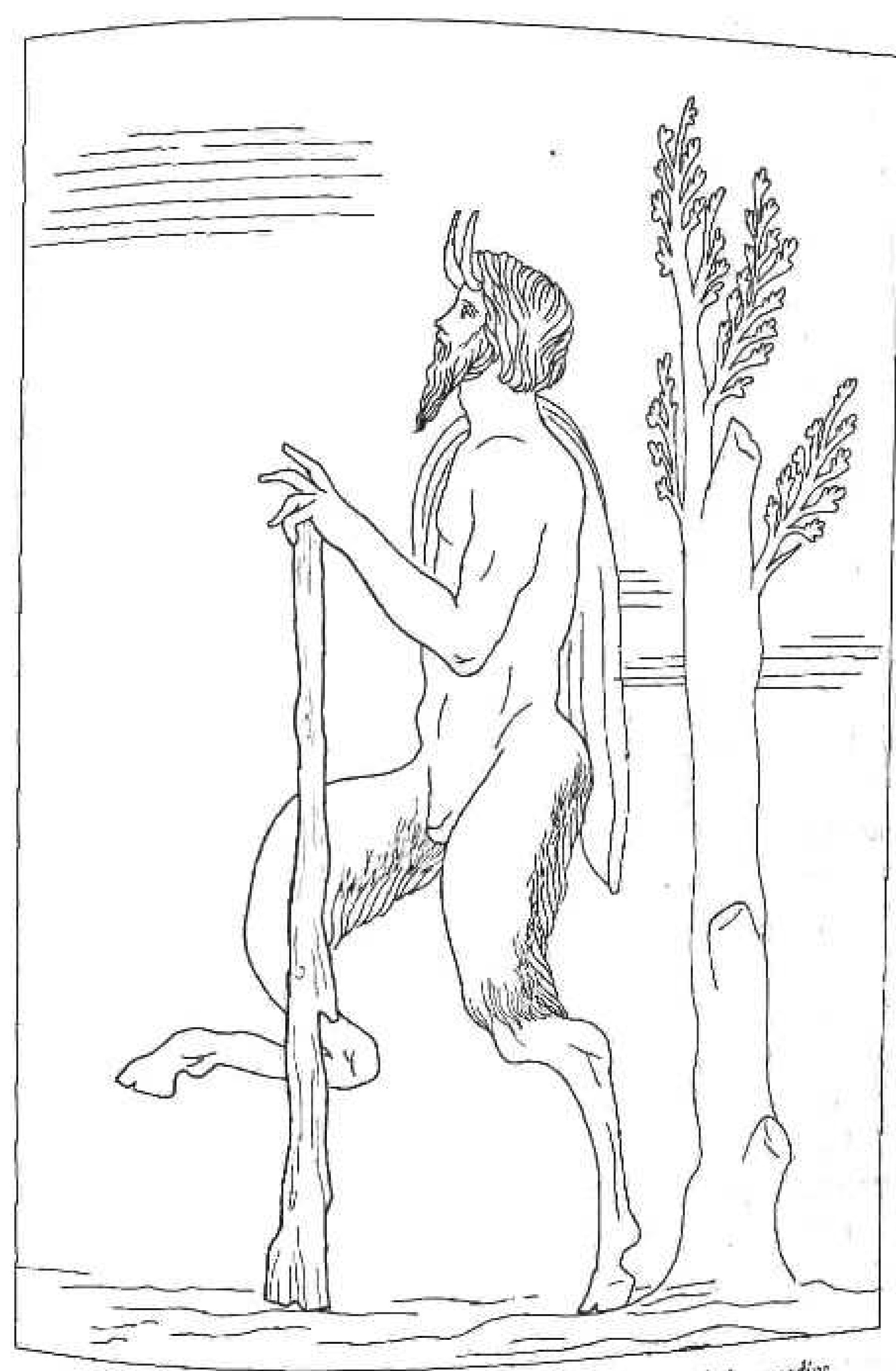
En Arcadia, el dios Pan, la divinidad que protegía a los pastores y los rebaños, estaba de mal humor. Los pastores sabían que al dios no le gustaba que lo molestaran cuando echaba la siesta, pero estaban resentidos con él y se dedicaban a hacer ruido golpeando con sus cayados los troncos de los árboles para importunarlo y perturbar su sueño. Desde hacía varios días, dos parejas de gemelos procedentes de Esparta habían llegado a la región y se dedicaban a robarles el ganado que pastaba en los fértiles valles arcadios, y los airados vaqueros, impotentes ante el atropello que sufrían, estaban indignados y le recriminaban a Pan que se dedicara a tocar la siringa, la flauta hecha con cañas que él mismo había inventado, y a perseguir a las ninfas de las fuentes en vez de esforzarse para protegerlos del vil pillaje del que eran objeto.

A Pan, sin embargo, no le gustaba involucrarse en los asuntos de los mortales, que siempre andaban creando problemas,

y únicamente intervenía cuando estos penetraban en el bosque en el que vivía en compañía de las ninfas, o cuando se acercaban a la rocosa gruta, situada en una de las laderas del monte Parnaso, en la que moraba. Entre los arcadios, Pan tenía fama de ser una divinidad despreocupada e irresponsable, aunque no por ello dejaba de ser objeto de devota veneración entre las gentes que habitaban los valles y las montañas. Además de ser el dios de las brisas del amanecer y del atardecer, la potencia de Pan se manifestaba también en la fertilidad, la sexualidad masculina y todo lo relacionado con la vida salvaje, y su desmesurado apetito sexual lo llevaba a pasarse el día acosando a las ninfas de las fuentes y a las doncellas que cometían la imprudencia de adentrarse en los territorios salvajes sobre los que reinaba. Su aspecto grotesco, a medio camino entre el hombre y el animal, infundía repulsión, pero también despertaba la fascinación de los arcadios. Pan estaba dotado de un enorme miembro viril, sus extremidades inferiores tenían forma de patas de macho cabrío y su cuerpo estaba cubierto de pelo; tenía, además, dos pequeños cuernos en la frente y una barbilla prominente de la que colgaba una escueta barba semejante a la que adornaba la barbilla de los chivos adultos.

—Ahora desoyes nuestras demandas —se lamentaban los pastores mientras inundaban los valles con sonidos molestos—. ¡Pero bien que acudes a recibir tu parte cuando abrimos odres de vino y sacrificamos machos cabríos en tu honor!

Los pelasgos, los más antiguos pobladores de Arcadia —según se decía entre los mortales—, eran un pueblo de hombres humildes y orgullosos que habían resistido la hegemonía de Esparta y conservaban la independencia de sus reinos. Arcadia era famosa por sus abundantes rebaños de



El aspecto grotesco del dios Pan despertaba la fascinación de los arcadios.

bueyes, cabras y ovejas, y los arcadios, que despreciaban el arte de labrar la tierra, se dedicaban, en su mayoría, a las tareas de pastoreo. Poco habituados a empuñar las armas, los indefensos ganaderos nada podían hacer contra aquellos cuatro temibles guerreros que les robaban los bueyes sin que Pan, a quien consideraban su protector y custodio, acudiera en su auxilio.

Sin embargo, la amarga queja de los pastores ante la pasividad de la que aparentemente hacía gala el dios no estaba del todo justificada. Al descubrir que unos extranjeros habían entrado en sus tierras y se dedicaban a robar el ganado que pastaba en sus prados, Pan había intentado ahuyentarlos infundiéndoles ataques de pánico. Los hombres habían inventado aquella palabra, «pánico», para describir el estado que el dios era capaz de provocar entre ellos: un terror desmesurado e incontrolable, semejante al que experimentan los rebaños cuando en el cielo se desata una tormenta y el atronador estruendo de los truenos y el espantoso fulgor de los relámpagos siembra el pánico entre las reses y las impulsa a huir desordenadamente en estampida. Pan confiaba en que aquellos presuntuosos gemelos que habían osado invadir sus tierras se comportarían del mismo modo en cuanto experimentasen su inquietante presencia, y que el pánico llenaría su alma de terror y los obligaría a emprender la huida.

Sin embargo, los afáridas y los Dioscuros eran famosos tanto por su fuerza como por su valentía, y, pese a los esfuerzos de Pan, habían conseguido sobreponerse al miedo mediante el cual el dios pretendía someter su voluntad. A diferencia de los hombres comunes, a quienes la angustiosa experiencia comportaba un viaje a los límites de la locura, los gemelos no se

habían dejado dominar por el pánico y se habían sobrepuesto a sus miedos. Finalmente, Pan, frustrado al no obtener resultados en sus intentos por ahuyentar a los desvergonzados ladrones, había regresado a su gruta y, haciendo gala de su naturaleza inconstante, se había desentendido del asunto.

◇◇◇

Por fortuna para los enojados pastores, los afáridas y los Dioscuros habían dado por terminada su incursión a tierras arcadias y se disponían a regresar en breve a sus respectivos reinos. La aventura que habían protagonizado estaba a punto de terminar, pues habían logrado reunir un gran número de reses y el rebaño estaba listo para emprender el largo viaje de regreso a Esparta.

Durante días, los afáridas y los Dioscuros habían trabajado de manera incansable para juntar el rebaño y cuidar de él. El cansancio comenzaba a hacer mella en las dos parejas de guerreros, poco acostumbrados a la dura vida de los pastores, y, antes de partir, los afáridas les propusieron a sus primos que sacrificasen uno de los terneros, lo asaran y preparasen un festín para celebrar el feliz desenlace de la expedición. A los Dioscuros, que estaban hambrientos tras la agotadora jornada guiando al ganado, les pareció una buena idea, pues la carne les permitiría reponer fuerzas y afrontar con renovado vigor el viaje que tenían que realizar.

Tras escoger a uno de los animales del rebaño, los afáridas empuñaron el cuchillo de los matarifes, degollaron a la res y la descuartizaron mientras Cástor y Pólux iban en busca de leña y preparaban el fuego sobre el que asarían la carne. Los huesos y la grasa serían para los dioses, como era tradición, el

resto del animal, es decir, la carne y las vísceras, lo repartirían de manera equitativa entre los cuatro.

El delicioso aroma de la carne asada impregnaba el aire cuando las sombras de la noche comenzaron a caer sobre el valle y Linceo, que se había ocupado de preparar y cocinar la res, anunció que la cena estaba lista. Sentados cómodamente alrededor del fuego, con las argénteas copas llenas del perfumado vino que traían consigo y que habían compartido con sus primos, Cástor y Pólux se disponían a comerse la porción que le correspondía a cada uno cuando Idas lanzó la siguiente propuesta:

—Ahora que la expedición ya casi ha concluido, os propongo un nuevo reto. En vez de dividir el rebaño que hemos capturado en cuatro partes, como habíamos convenido, propongo que lo dividamos solo en dos: una mitad del rebaño será para quien acabe de comer su porción de carne en primer lugar, y la otra mitad para quien quede en segundo lugar.

La curiosa propuesta de Idas pilló por sorpresa a Cástor y a Pólux, que se interrogaron con la mirada. Aunque enseguida sospecharon que su astuto primo tramaba algún engaño, no querían parecer unos cobardes y durante unos instantes guardaron silencio, dudando sobre la respuesta que debían darle.

—¿Y bien? ¿Qué decidís? —insistió Idas.

—Me parece bien lo que propones —dijo finalmente Cástor tras considerar que, en cualquier caso, Pólux o él lograrían quedar en segundo lugar en la competición y conservarían la mitad del rebaño.

—Yo también acepto la apuesta —añadió Pólux—. ¿Tú qué piensas, Linceo?

Linceo sonrió en señal de aceptación.

—Entonces, que así sea —resolvió Idas.

Idas se lanzó a devorar el contenido de su plato, tragándose la carne sin apenas masticarla. Una vez que hubo dado cuenta de su parte, mientras Cástor y Pólux aún engullían sus respectivas porciones, Idas tomó un trozo del asado que le correspondía comerse a Linceo y se lo metió en la boca, ayudando de este modo a su hermano a terminar antes el contenido de su plato. Con aquella astuta estratagema que había pillado a los Dioscuros por sorpresa, Idas y Linceo lograron ganarles la apuesta a sus primos y, con ello, quedarse con la totalidad del rebaño.

Sin embargo, Cástor consideró que Idas se había comportado deshonestamente al proceder de aquel modo, y, furioso, se apresuró a desenvainar la espada.

—¡Eres un tramposo! —exclamó.

—Yo he sabido responder al desafío. Sois vosotros los que queréis faltar a nuestro acuerdo —dijo Idas mientras se incorporaba de un salto y dejaba que las llamas de la hoguera se reflejaran en el filo acerado de su espada.

Cástor estaba fuera de sí. Idas los había engañado y ellos habían sido lo bastante necios para caer en el ingenioso ardid. El tindárida se disponía a abalanzarse sobre Idas para dar rienda suelta a su cólera, pero Pólux, rumiando una venganza mejor, detuvo a su hermano interponiendo su cuerpo entre los dos primos.

—Detén tu cólera, hermano. Idas y Linceo nos han vencido y hemos de aceptar nuestra derrota.

Cástor se quedó sorprendido al escuchar a Pólux, pero enseguida comprendió que, aunque las palabras de su hermano llamaban a la conciliación, sus ojos, llameantes de furia, decían

otra cosa: ya tendrían tiempo de escarmentar a sus primos, pues siempre era mejor planear la venganza con la cabeza fría.

—Las palabras de mi hermano son juiciosas —dijo Cástor, envainando la espada—. Aunque vuestro comportamiento carece de nobleza y os habéis servido del engaño para arrebatarnos lo que nos pertenece, habéis ganado la apuesta. Vuestras son las reses, primos.

Sin poder disimular la satisfacción, Idas también guardó su espada, miró a su hermano y sonrió. Pese a la generosa compensación que Tindáreo les había ofrecido y que voluntariamente ellos habían aceptado, no habían olvidado el agravio que les habían infligido al raptar a las leucípides y habían esperado pacientemente el momento justo para ejecutar su venganza. ¡Al fin habían logrado ajustarles las cuentas a los Dioscuros, después de tanto tiempo!

—Dado que los bueyes son ahora todos vuestros —dijo Pólux—, conducidlos vosotros mismos hasta vuestros establos. Nosotros regresamos a Esparta.

Intercambiando una de aquellas miradas con las que, desde que eran niños, se decían tantas cosas sin mediar palabra alguna, Cástor y Pólux recogieron sus enseres, montaron en sus caballos y dejaron a los afáridas brindando y felicitándose. Mientras se alejaban del campamento en silencio, amparados por el manto de estrellas que cubría el cielo nocturno, Pólux había empezado a maquinar una estratagema para devolver la humillación que les habían infligido.

◇◇◇

Los afáridas habían tenido un día agotador y estaban rendidos. No habían previsto que los Dioscuros se marcharían

de improviso y que eso significaría que deberían manejar al nutrido rebaño únicamente entre él y su hermano. El camino que tenían que recorrer era largo y, a trechos, accidentado, y no resultaba fácil guiar a las reses y mantener unida a la manada. Al caer la noche, tras haber dedicado el día a corretear tras los animales, Idas y Linceo estaban agotados.

—Era más fácil cuando nos ocupábamos los cuatro de conducir el rebaño —se quejó Linceo, tan exhausto que apenas había cenado y hacía rato que bostezaba.

—Será mejor que aprovechemos ahora que los bueyes están descansando para reposar también nosotros un poco —dijo Idas.

Junto a la fogata que habían encendido para resguardarse del frío de la noche, Idas y Linceo no tardaron en quedarse dormidos. Los bueyes, recostados sobre sus costados o sobre sus patas, también dormían, aunque su sueño, más ligero que el de sus nuevos amos, no tardaría en ser perturbado. Agazapados en la oscuridad, Cástor y Pólux llevaban todo el día siguiendo a sus primos y espiando sus movimientos, observando complacidos cómo ambos corrían de un lado a otro para mantener unido al rebaño y esperando pacientemente que se presentase el momento oportuno para vengarse del ardid del que habían sido objeto.

Aprovechando la impunidad que les proporcionaban las sombras de la noche, los Dioscuros fueron hasta donde se encontraba el ganado y, procurando no hacer ruido para no alertar a los afáridas, abrieron el cercado en el que permanecían estabulados los animales y los obligaron a salir y dispersarse. Los mugidos de los sorprendidos bueyes resonaron por el valle, pero Idas y Linceo estaban tan agotados

y su sueño era tan profundo que los quejumbrosos bramidos de las reses no lograron despertarles.

Una vez hubieron liberado al ganado, Cástor y Pólux se apostaron a ambos lados del camino por el que habían huido las reses y se mantuvieron a la espera. Cuando sus primos despertasen y descubriesen que el rebaño había desaparecido, les tenderían una emboscada y terminarían de darles la lección que por su necio comportamiento merecían recibir.

◇◇◇

La aurora de rosados dedos hizo despuntar las luces del alba y cubrió con una fina capa de escarcha el valle en el que habían decidido pernoctar los afáridas. La fogata que habían encendido casi se había apagado, y el frío de la madrugada despertó a Linceo, que, aún somnoliento, se levantó para avivarla. Al ver que la cerca estaba abierta y que los bueyes habían desaparecido, se apresuró a despertar a su hermano y a contarle lo que había ocurrido.

—Es imposible que se trate de un accidente o de una casualidad desafortunada, pues yo mismo me aseguré de cerrar bien la cerca —dijo Idas.

—Alguien ha abierto el cercado y ha liberado a las reses mientras dormíamos —reconoció el otro.

Los afáridas empuñaron sus lanzas y se dispusieron a inspeccionar los alrededores en busca de alguna pista que les permitiese descubrir al autor de la fechoría. Linceo, que gracias a su portentosa vista podía ver a través de los objetos, sospechaba de los Dioscuros y esperaba encontrar algún indicio que corroborase su intuición. Al llegar al camino por el que habían huido las reses, Linceo vio a Cástor escondido

dentro del tronco hueco de un árbol y, asiendo con fuerza la lanza en alto, se acercó a él con sigilo.

Cástor, que no sabía que Linceo había descubierto su escondite, contenía la respiración esperando el momento oportuno para lanzarse al ataque. Antes de que Cástor pudiera reaccionar, el afárida clavó la lanza en el tronco y ensartó con ella a Cástor, que, al sentir que el bronce atravesaba su cuerpo, aulló de dolor. Los gritos de Cástor alertaron a Pólux, que comprendió que su hermano había sido descubierto y que estaba herido.

—¡Pólux, ayúdame...! —gimió Cástor mientras su vida se apagaba.

Pólux salió de su escondite a la carrera, se abalanzó sobre Linceo y le hundió la afilada espada en el costado hasta el ombligo. El bronce le perforó las entrañas, y Linceo, abatido, se desplomó en medio de un charco de sangre oscura mientras Idas, desde el otro extremo del camino, se apresuraba a acudir en ayuda de su hermano. Al ver que las sombras de la muerte cerraban los párpados de Linceo, Idas, arrojó con furia su lanza y alcanzó a Pólux, que cayó herido al suelo. Presa de la ira y el dolor, Idas cogió una roca y se acercó a Pólux con la intención de rematarlo aplastándole el cráneo. El afárida se disponía a golpear con ella al vástago de Leda cuando, envuelto en una nube roja, un majestuoso rayo se abrió paso desde los cielos y alcanzó a Idas, convirtiéndolo en cenizas.

Idas y Linceo habían muerto. Pólux estaba malherido, y aunque de la herida que Idas le había infligido manaba sangre abundante, su vida no corría peligro gracias a que gozaba de la condición de inmortal, heredada de su padre Zeus.

Al oír los gemidos de Cástor, Pólux corrió a su lado para intentar auxiliarle, pero Linceo lo había herido de muerte y Pólux apenas llegó a tiempo de abrazar a su hermano antes de que este exhalase su último aliento y su espíritu se precipitara al Hades.

—¡Oh, hijo de Crono! ¡Oh, padre! —clamó Pólux vertiendo abundante llanto sobre el pecho abierto de Cástor, ya inerte—. No permitas que mi vida continúe sin tener cerca a mi amado hermano. Concédele la inmortalidad para que podamos estar juntos, o, si lo prefieres, arrebátame el don que me concediste y déjame marchar con él. No existe gloria para un hombre privado de quienes le son queridos.

La angustiosa súplica de Pólux conmovió al Crónida, que, al presentir que los Dioscuros estaban en apuros, había viajado raudo desde el Olimpo y había llegado justo a tiempo de impedir que Idas aniquilase a su hijo.

—Hijo mío, sé que sentías un gran afecto por tu hermano, que ya camina por las escarpadas laderas del Tártaro. Ojalá pudiera mitigar tu dolor, pero ni siquiera yo soy capaz de alterar el destino hasta ese punto y arrebatarle al poderoso Hades su presa.

—Entonces despójame del don de la inmortalidad que me concediste cuando nací para que pueda reunirme con él —insistió Pólux.

Zeus no quería perder a su hijo y, pensativo, se acarició los rizos de la barba.

—Solamente hay un modo de que puedas disfrutar de la compañía de tu hermano sin que tengas que renunciar para siempre a la inmortalidad.

—Habla, pues, excelso padre.



Pólux rogó a Zeus que le concediera el don de la inmortalidad a su hermano.

—No puedo devolverle la vida a Cástor, pero puedes compartir tu don él. Si accedes a renunciar a una parte de tu inmortalidad, ambos pasaréis la mitad de vuestras vidas en el Hades, bajo tierra, y la otra mitad en el Olimpo, el dorado palacio del cielo.

Pólux, abrazado todavía al cadáver de su querido hermano, no dudó ni por un instante en aceptar la propuesta de su padre, Zeus.

∞

Durante mucho tiempo, gracias al pacto que Pólux había establecido con el señor de los cielos para no tener que separarse de su hermano, los Dioscuros alternaron entre la vida y la muerte para poder estar juntos. Una parte de su existencia transcurría en el brillante Olimpo, donde gozaban de la inmortalidad y vivían dichosos el uno en compañía del otro, mientras que el resto del año se veían obligados a vagar por el tenebroso Hades, convertidos en apesadumbradas sombras. Así ocurrió hasta que Zeus, conmovido por el inquebrantable amor fraternal que los Dioscuros se profesaban, se apiadó de ellos y decidió enviarlos al cielo, convertidos en dos relucientes estrellas.

Al ver a dos nuevos astros brillando en el firmamento, Poseidón, el soberano de cerúlea cabellera, creó la constelación de Géminis y convirtió a Cástor y Pólux en sus estrellas más luminosas. Conocedor del aprecio que los Dioscuros sentían por los marineros tras haber participado en la expedición de los argonautas, el dios del mar les otorgó un poder que proporcionó un nuevo sentido a su existencia: el de proteger a los navegantes, guiándolos con su luz.

Desde entonces, Cástor y Pólux brillan juntos en el firmamento junto a las estrellas de la constelación de la que forman parte. Dos almas gemelas que, en la oscuridad de la noche, socorren y guían a los intrépidos lobos de mar que desde el albor de los tiempos surcan los procelosos mares en busca de fama y aventuras.

LA PERVIVENCIA DEL MITO

Cástor y Pólux, los Dioscuros, son los grandes héroes de Esparta. Sus virtudes, especialmente ese amor fraterno que los llevó a compartir la inmortalidad que solo correspondía al segundo de ellos, alentaron la expansión de su culto en el resto de Grecia y en Roma.

Según refiere el mitógrafo romano Cayo Julio Higino (64 a.C.-17 d.C.) en su *Astronomía*, «Se ha demostrado que, de entre todos los hermanos, [Cástor y Pólux] eran los más afectuosos porque ni lucharon por el reinado ni emprendieron ninguna empresa sin haber llegado a un acuerdo». Eran la más viva imagen del amor fraterno, y eso era algo que no podía quedar sin premio. Así, y como explica el astrónomo Eratóstenes de Cirene (276-194 a.C.), «Zeus quiso recompensar este estupendo testimonio de fraternidad, los denominó Géminis y los ubicó a ambos juntos en el firmamento» en forma de constelación como ejemplo perenne para los hombres.

UNA PATERNIDAD DISCUTIDA

El premio concedido por Zeus no es tampoco casual. Cástor y Pólux son los Dioscuros, nombre griego por el que se los conoce y que

significa precisamente «hijos de Zeus». Aunque no es el único apelativo que ambos hermanos reciben: otro es el de tindáridas, esto es, «hijos de Tindáreo», rey de Esparta y esposo de Leda, una de las conquistas del señor del Olimpo, quien la poseyó metamorfoseado en cisne. Entra aquí, pues, la cuestión de los orígenes de ambos héroes, tema que ya dio mucho que hablar en la Antigüedad. La versión más habitual, recogida en la *Biblioteca mitológica* atribuida a Apolodoro de Atenas (siglo II a. C.), es la que hace a Zeus padre de Pólux y Helena, la bella que llevará a los griegos a la guerra de Troya; Tindáreo, por su parte, lo sería de Cástor y Clitemnestra, la esposa adúltera y homicida de Agamenón de Micenas. Dios y mortal habrían yacido con Leda la misma noche y habrían engendrado por tanto a esas parejas de mellizos, que habrían venido al mundo en sendos huevos.

Mas hay otras versiones del origen de Cástor y Pólux: si en la *Ilíada* de Homero (siglo VIII a.C.) Helena se limita a mencionarlos como sus hermanos, en la otra gran epopeya homérica, la *Odisea*, parece sugerirse que ambos son hijos de Tindáreo y Leda. Todo lo contrario sucede en los *Himnos homéricos*, una heterogénea colección de poemas en verso épico datados entre el siglo VII a.C. y la época imperial. Dos de esas composiciones están dedicadas a los «Dioscuros», nombre que aparece aquí por vez primera. Son, pues, hijos de Zeus, lo que no impide que en ambas se aluda a ellos también como tindáridas...

No menos alambicada es la cuestión de la muerte de Cástor. La versión recogida por Apolodoro lo hace víctima del conflicto con sus primos Idas y Linceo por el reparto del ganado robado por los cuatro en Arcadia. Los autores romanos, en cambio, aportan otros finales alternativos. En el primero de ellos, apuntado por Higino en su *Astronomía*, Cástor habría muerto durante la operación de rescate de su hermana Helena, cautiva en la ciudad ática de Afidna. En otra de

sus obras, *Fábulas*, el mismo autor señala que Cástor fue asesinado por sus primos, pero no por la cuestión del ganado, sino como venganza por el rapto de las hijas de Leucipo, que en esta versión son las prometidas de Idas y Linceo. El poeta Ovidio (43 a.C.-17 d.C.) hace suya también esta variante en su poema *Fastos*.

Donde sí hay acuerdo entre las diferentes fuentes es en la conclusión: Pólux se niega a disfrutar de la inmortalidad que le corresponde como hijo de Zeus si su hermano Cástor permanece muerto. Tales fueron sus ruegos que al final el dios del trueno concedió a ambos vivir alternativamente un día en el Olimpo y otro en el Hades.

EL ORGULLO DE ESPARTA

Originarios de Lacedemonia, los Dioscuros son los héroes espartanos por excelencia. Su mito encarna los valores de la militarista sociedad de Esparta, entre ellos el cultivo de la destreza física (Pólux es descrito en los poemas homéricos como «bueno en el pugilato»), la entrega en la lucha y todo lo que le atañe (Cástor se relacionaba con la práctica de la guerra y como «domador de caballos») y la virtud del sacrificio (el que Pólux hace de su inmortalidad). Igualmente, algunos de sus episodios evocan el devenir histórico de Esparta, especialmente sus conflictos con otras regiones de Grecia, en concreto Mesenia, de donde proceden Idas y Linceo, y Atenas, lugar en el que reina Teseo, el raptor de Helena. La primera de ellas, Mesenia, fue sometida por Esparta ya en el siglo VII a.C. Reducida a la condición de ilotas (siervos), su población era la que, con su trabajo en la tierra, sostenía de hecho la sociedad espartana, cuyos miembros consideraban deshonrosa cualquier ocupación que no fuera militar. En cuanto a Atenas, fue la gran rival de Esparta

por hacerse con la hegemonía en la península helénica: aunque ambas combatieron juntas en conflictos como las guerras contra los persas de la primera mitad del siglo v a. C., su historia está hecha básicamente de desencuentros debidos tanto a cuestiones de poder político como a la propia conformación social, la democracia ateniense por un lado, la monarquía espartana, por otro.

UN CULTO PANHELÉNICO Y ROMANO

Los Dioscuros, sin embargo, eran mucho más que un símbolo del orgullo lacedemonio. La fortaleza y el prestigio de Esparta, y no menos su influencia sobre santuarios panhelénicos tan importantes como el de Apolo en Delfos, hicieron que el culto a los gemelos se extendiera más allá de las fronteras de Lacedemonia hasta ser aceptado por el resto de griegos. Ambos se relacionaron desde fecha temprana con la cría y doma de caballos, arte en el que había destacado en vida Cástor y del que la cerámica pintada griega deja clara constancia.



En esta crátera de figuras rojas (Museo del Louvre de París), que data de mediados del siglo v a. C., Cástor aparece armado con yelmo, espada y venablos, agarrando por las bridas a un caballo, animal del que es un consumado domador. La pieza fue hallada en Orvieto y resulta interesante no solo por su valor plástico, sino por testimoniar también la temprana difusión de los Dioscuros en Italia a través de las colonias griegas.

Este fue un don dado como premio a su amor fraterno por Poseidón, dios de los mares, pero vinculado desde tiempos ancestrales a ese animal terrestre por excelencia. No fue el único regalo: Poseidón les concedió también el poder de proteger a los marineros y salvar a los náufragos. Esa condición se aprecia en el *Himno homérico XXXIII*, en el que se les describe como «salvadores de los hombres moradores de la tierra y de las raudas naves, cuando es que se desencadenan las tormentas invernales en el mar inhóspito». Consecuentemente, los marineros les sacrifican «blancos corderos» antes de embarcarse. Y si aun así la tempestad se desata, los Dioscuros escuchan sus invocaciones y «de repente aparecen con susurrantes alas por el aire apresurándose, al instante los remolinos de los espantosos vientos detienen y las olas les calman en la vastedad del blanco mar». En ocasiones se aparecen como fuegos de san Telmo de dos puntas, lo que es considerado un augurio favorable por los marineros.

Mas fue en Roma donde el culto a los Dioscuros alcanzó un mayor relieve. Cástor y Pólux eran héroes jóvenes y virtuosos, pero sobre todo representaban el amor fraterno, algo que los romanos echaban de menos en su propio mito fundacional, levantado a partir del fratricidio cometido por Rómulo en su gemelo Remo. A través de las colonias griegas de la Italia meridional, a Roma llegó en fecha tan temprana como principios del siglo v a. C., cuando se dedicó un templo a los Dioscuros en el foro en agradecimiento a su decisiva participación de en una batalla, la del lago Regilo, que habría valido la victoria a los romanos frente a una alianza de pueblos latinos. El templo se convirtió en el símbolo del poderío militar romano, mientras que las estatuas de los gemelos que allí se encontraban fueron consideradas los guardianes de la libertad del pueblo romano, y así fue tanto en época republicana como imperial. Sus ruinas todavía pueden verse hoy en el Foro.

Protectores de la tierra espartana

Los Dioscuros se han visto como una prefiguración de una de las señas de identidad más originales de Esparta: la diarquía o monarquía dual. Al menos desde la reforma política llevada a cabo por el legislador Licurgo (siglo VIII a.C.), Esparta estaba regida por dos reyes de igual poder y rango, cada uno de ellos perteneciente a una dinastía diferente, la doria de los Agíadas y la aquea de los Euripóntidas. El deseo de evitar los conflictos internos provocados por la ambición del trono, así como el vacío de poder ocasionado por la muerte de un rey y una posible situación de regencia, están detrás de esta institución dual, que solo puede ser comparada con la del consulado romano, si bien este es electivo y temporal, mientras que la monarquía espartana es hereditaria y vitalicia. Como Cástor y Pólux, ambos reyes debían gobernar fraternalmente, repartiéndose las funciones de su cargo. Así, en caso de guerra, uno de los reyes partía al frente del ejército, mientras el otro permanecía en Esparta. Y lo mismo hacían las estatuas de los divinos gemelos: si una de ellas marchaba a la batalla para proteger a los soldados, la otra restaba en la ciudad para mantener el orden en ella y defenderla de cualquier posible ataque. Según refiere el biógrafo y filósofo Plutarco (h 50-120 d.C.) en su tratado *Sobre el amor fraterno*, esas antiguas estatuas, las *dokana*, estaban hechas «de dos vigas de madera paralelas, unidas por dos atravesadas», de forma que «lo común e indivisible de la ofrenda parece apropiado al amor fraterno de los dioses [Cástor y Pólux]».

LA INMORTALIDAD COMPARTIDA

Las referencias literarias que tienen a los Dioscuros como protagonistas no son especialmente abundantes. Sus nombres aparecen ya en las epopeyas homéricas, pero apenas como referencia, pues ninguno de ellos pudo participar en la guerra de Troya para rescatar a su hermana Helena. Así, en el canto undécimo de la *Odisea*, cuando Ulises refiere su descenso al Hades, dice: «También vi a Leda, esposa de Tindáreo, la cual dio a luz dos hijos de poderosos sentimientos, Cástor, domador de caballos, y Pólux, bueno en el pugilato, a quienes mantiene vivos la tierra nutricia; que incluso bajo tierra son honrados por Zeus y un día viven y otro están muertos, alternativamente, pues tienen por suerte este honor, igual que los dioses».

Esa inmortalidad compartida la trata también el escritor sirio de expresión griega Luciano de Samósata (125-181 d.C.) en uno de sus *Diálogos de los dioses*. En él, Apolo refiere a Hermes su estupefacción ante Cástor y Pólux, a los que se ve incapaz de distinguir. Todo lo tienen igual, «el medio cascarón del huevo, una estrella encima y un dardo en la mano y un caballo blanco cada uno, hasta el punto de que yo he llamado muchas veces Cástor al que era Pólux y Pólux al que era Cástor». La diferencia, señala Hermes, está en el rostro surcado de cicatrices propio de un boxeador de Pólux. Apolo, sin embargo, no ve satisfecha aún su curiosidad: «¿Por qué diablos no están los dos con nosotros, sino que a partes iguales uno está hoy muerto y mañana es un dios?», pregunta. La explicación dada por Hermes del reparto de la inmortalidad entre los dos hermanos tampoco convence a Apolo: «Pues no es muy inteligente el reparto, Hermes, ya que de este modo no se verán nunca el uno al otro, que es lo que en el fondo estaban deseando, creo yo».

Las obras literarias en las que los gemelos tienen un rol más desarrollado, aunque sin llegar tampoco a protagonistas, son las que tienen que ver con la expedición de los argonautas, en la que ambos participaron. Sendos poemas épicos titulados *Las argonáuticas*, el uno en griego, de Apolonio de Rodas (295-215 a. C.), y el otro en latín, de Valerio Flaco (h. 45-90 d. C.), recrean las dotes pugilísticas de Pólux en su combate con el bébrice Ámico.

EL HUEVO DE LEDA

Más abundantes resultan las representaciones plásticas de los gemelos, especialmente en un mundo romano que, enfrentado a guerras fratricidas endémicas, hizo de ellos su prototipo de héroe ideal. Como modelo tuvieron sin duda obras como las dos estatuas de la segunda mitad del siglo v a.C. que representan a los Dioscuros en el acto de descender de sus monturas y que protegían el templo de la colonia griega de Locri Epizefiri, en Calabria. Según una leyenda local, la aparición a caballo de Cástor y Pólux fue determinante para decidir la suerte de una batalla que los locrianos sostuvieron a mediados del siglo vi a.C. con sus vecinos de Crotona. Desde entonces, se convirtieron en los protectores de la colonia.

Ya de factura plenamente romana son las dos estatuas de Cástor y Pólux que coronan desde 1585 la escalinata monumental que da acceso a la Piazza del Campidoglio de Roma. Datan de época tardoimperial (siglos II-V d.C.) y proceden probablemente de otro templo dedicado a los Dioscuros en la zona del Circo Flaminio. En ellas, los héroes, representados a pie, sostienen por la brida a sus caballos, estos de un tamaño sorprendentemente menor que el de los jinetes. También romana es otra estatua que, tomando como modelo el clásico *Dorífaro*

del griego Policleto (siglo v a.C.), retrata a uno de los Dioscuros a escala monumental. El gorro con una estrella grabada (alusiva a la constelación de Géminis) y, a los pies de la figura, la cabeza de un caballo confirman que se trata de uno de los hijos de Leda.

Los artistas posteriores se han sentido sobre todo atraídos por las escenas más pintorescas y dramáticas del mito de los gemelos. En lo que se refiere a las primeras, ninguna mejor que la de su nacimiento a partir de un huevo. Este tema fue tratado por el polímata florentino Leonardo da Vinci (1452-1519) en una *Leda* que fue su única incursión en el desnudo femenino. Aunque hoy perdida, se han conservado numerosas copias debidas a artistas de su círculo, como Cesare da Sesto (1477-1523) o Giovan Antonio Bazzi, más conocido como el Sodoma (1477-1549). En todas ellas, la esposa de Tindáreo aparece abrazada al cisne y rodeada por sus hijos Cástor, Pólux, Helena y Clitemnestra ya salidos del cascarón. Sobre ese mismo modelo, otros artistas realizaron sus propias versiones. Es el caso de Giampietrino (1495-1549), quien prescinde del cisne para retratar a Leda cogiendo a uno de sus hijos y mostrando orgullosa el resto al espectador. La aproximación más peculiar, no obstante, es la de Francesco Bacchiacca (1494-1557), pues en ella no solo son cinco las criaturas de Leda, sino que esta aparece aprestándose a amamantar al cisne. Por su osadía merece también citarse la tela *Leda y el cisne* de Miguel Ángel (1475-1564), en la que el acoplamiento del ave y la mujer es mostrado sin enmascaramiento alguno. Hoy perdida, se conoce a través de copias.

Ya en el barroco, el flamenco Peter Paul Rubens (1577-1640) pintó *El rapto de las hijas de Leucipo*, obra de gran virtuosismo técnico en la que Cástor, a caballo y con armadura, y Pólux, desmontado y apenas cubierto por una piel, se hacen con Febe e Hilaíra. El mismo motivo, pero en un estilo más descarnado y próximo al expresionismo, fue tratado también por el alemán Lovis Corinth (1858-1925).





En la parte superior, El rapto de las hijas de Leucipo *(Alte Pinakothek de Múnich), pintura en la que Peter Paul Rubens acierta a plasmar el dinamismo de la acción. A la derecha, agarrado al caballo de Cástor, se aprecia la figura de Cupido, el dios del amor. Abajo,* Leda y el cisne *(Metropolitan Museum of Art de Nueva York), en la que Francesco Bacchiacca no pinta cuatro, sino cinco niños. Los tres de la derecha, se han identificado como los Dioscuros y Helena, y los dos de la izquierda, como Clitemnestra y, probablemente, Febe, una de las hijas de Leucipo. El elemento más perturbador, en todo caso, es el cisne, al que la madre de los pequeños parece querer amamantar.*

AMOR FRATERNO, Y CONYUGAL

En el ámbito musical, la obra más destacada es la tragedia lírica *Cástor y Pólux,* del francés Jean-Philippe Rameau (1683-1764). Eso sí, el libreto de Pierre-Joseph Bernard (1708-1775) no se muestra parco en licencias, pues hace que los Dioscuros aparezcan enamorados de la misma mujer, Telaira, la esposa de Cástor, y que este muera a manos de un rey enemigo, Linceo. De hecho, la ópera se inicia con los ritos fúnebres dedicados al héroe caído. Lo que no cambia es la esencia del mito: el amor fraterno de los Dioscuros, que permitirá que ambos compartan la inmortalidad que solo le corresponde a Pólux. Musicalmente, la ópera tiene todo lo que ha de tener una tragedia lírica del barroco francés, esto es, animados números de ballet, abundantes pasajes corales y una rica instrumentación, a lo que el genio de Rameau suma una expresividad hasta entonces desconocida en el género, evidente en el lamento «Tristes apprêts, pâles flambeaux» que entona la inconsolable esposa de Cástor, Telaira.

Muy diferente es el *Cástor y Pólux* que en 1952 dio a conocer Harry Partch (1901-1974), un compositor estadounidense fascinado por el mundo de los mitos. Escrita para conjunto de percusiones, la partitura es un irresistible despliegue de ritmos y sonoridades que recrean, en clave satírica, arcana y astrológica, las aventuras de los dos gemelos.

ÍNDICE